

GEORGES BERTRAND

Antiguo profesor de la Universidad de Toulouse-Le Mirail

Itinerario en torno al paisaje: una epistemología de terreno para tiempos de crisis

RESUMEN

Josefina Gómez, al traducir mi «Medio siglo de itinerancias paisajísticas», y la revista *Ería*, al publicarlo, asumen el riesgo de chocar con un cierto conformismo positivista que teme las digresiones teórico-conceptuales. Apoyándome en esta traducción, reivindico mi recorrido y me explico acerca de él.

RÉSUMÉ

Itinéraire autour du paysage: une épistémologie de terrain pour des temps de crise.- Josefina Gómez, en traduisant mon travail «Un demi siècle d'itinérances paysagistiques», et la revue *Ería*, qui entreprends sa publication, risquent se heurter à un certain conformisme positiviste qui redoute les digressions théorico-conceptuelles. Sur l'assise de cette traduction, je revendique mon parcours et je m'en explique.

ABSTRACT

Itinerary around the landscape: An epistemology for hard times.- Translating my «Half century of landscape wanderings», Josefina Gómez, and the review *Ería* publishing it, risk to come up against a certain positivist compliance which is fearful of theoretical and conceptual digressions. On the basis of this translation I vindicate my course, and explain it.

Palabras clave/Mots clé/Keywords

Paisaje, territorio, Francia, España.

Paysage, territoire, France, Espagne.

Landscape, territory, France, Spain.

PRESENTACIÓN¹

1. A LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO PARADIGMA PARA EL PAISAJE

El pensamiento geográfico, publicado en 1982 por Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero (Madrid: Alianza Editorial), me hizo presente un «horizonte epistemológico» (p. 31) de una geografía española en pleno crecimiento. Nunca más la he perdido de vista, desde los Picos de Europa al Montseny, desde los Pirineos a Sierra Nevada, desde la

peña de Francia a la sierra de Cazorla. Un itinerario que no es sólo científico.

Desde hace menos de veinte años el paisaje ha cambiado de estatuto, de finalidad, de contenido. Aunque participa más que nunca de la cultura, de la sensibilidad, de lo simbólico, de lo que se llama en sentido amplio «artialización»², es cada día más usado, cuando no ins-

² El concepto de *artialisation* fue propuesto en 1978 por el filósofo francés Alain Roger, tomando el término de Montaigne, para resaltar la dimensión estética de la invención paisaje, que trascendería al simple naturalismo: artialización in situ por obra directa de los paisajistas o diseñadores de paisaje sobre el zócalo natural; artialización in visu mediatizada por los modelos que configuran la mirada colectiva. Véase Alain Roger: *Nus et paysages. Essai sur la fonction de l'art*. Aubier, París, 1978. [N. de la T.]

¹ Georges Bertrand; Toulouse, 20 de septiembre de 2009.

trumentalizado, como una de las entradas o uno de los componentes de las políticas de ordenación de los territorios, ambientales, patrimoniales. A menudo con indefinición semántica, superficialidad metodológica, frialdad tecnocrática. Es lo que ocurre con muchas cartas y observatorios del paisaje. Con total ambigüedad sobre la naturaleza del paisaje, su realidad científica, su significación social. Lo que yo postulo es que hay que dar al paisaje una cierta consistencia científica, sin por ello congelarlo, y una fuerza crítica suficiente para alimentar un debate ciudadano responsable. Esta intención trasciende el método. Se trata de rebasarlo haciendo del paisaje una de las dimensiones del paradigma ecológico-económico-social que, sin duda utópico, sigue por inventar.

2. UN TERRITORIO EN UNA MIRADA

Uno de los hechos contemporáneos de la investigación contemporánea, desde la antropología (Balandier, Condominas, Descola, Perez) hasta las matemáticas cuánticas, consiste en considerar que el objeto observado es consustancial a su observación, por tanto a su observador. Sobre todo cuando se trata de objetos complejos y directamente implicados en la vida cotidiana. Es lo que ocurre con el paisaje. No sólo pesa la mirada del investigador sobre el paisaje, sino que cambia según momentos y lugares, lo que enriquece el análisis y lo humaniza. Decidí «sacar a escena al responsable del escenario»³.

Al proponer ese itinerario científico personal, pero no individual, me esfuerzo por resituarme racionalmente, en el tiempo y en el espacio, las preguntas, las vacilaciones, los fracasos y los posibles logros de una investigación, sin duda dirigida al paisaje, pero que ha fluctuado en los métodos y en la manera de profundizarlos.

3. UNA «EPISTEMOLOGÍA DE TERRENO»: EL ESLABÓN QUE FALTA

No soy epistemólogo, pero necesito una epistemología al alcance de mi investigación. Propongo tratar el complejo objeto-sujeto del paisaje con el apoyo de una «epistemología del terreno», modesta pero práctica. Como otros investigadores, que hablan de «epistemolo-

³ Georges et Claude Bertrand: *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités*. París, Arguments, 2002; trad. esp.: *Geografía del medio ambiente. El sistema GTP: geosistema, territorio y paisaje*. Universidad de Granada, 2006. Página 252 de la versión española.



FIG. 1. Georges Bertrand, 1992 (CNRS) [Fotografía: Martine Esline].

gía constitutiva», la sitúo en la prolongación de la epistemología general, la de los filósofos y los historiadores de la ciencia, abarcando sin duda la totalidad del pensamiento científico pero alejada de las contingencias cotidianas de la investigación y casi siempre desarrollada a posteriori, sin provecho inmediato para el método. La epistemología participa así, directa y cotidianamente, de la generalización de las observaciones hechas en el trabajo de campo, de la puesta a punto y de la puesta a prueba de nuevos conceptos y métodos (geosistema hacia 1960, sistema GTP [geosistema-territorio-paisaje] hacia 1990, STP [sistema paisajístico territorializado] a partir de 2007). Un itinerario sembrado de «obstáculos epistemológicos» que hay que restablecer continuamente. De este modo, el geosistema no es el paisaje, aunque haya un geosistema en el paisaje..., y a la inversa.

4. UN PARADIGMA PARA TIEMPOS DE CRISIS

El paisaje es el signo sobre el terreno, y el símbolo en la mirada, de las convulsiones ambientales que sacuden el planeta. Tanto en lo inmediato y urgente como en el tiempo largo, en el de la historia y el de la memoria, es un intercesor global, banal y cotidiano. Todavía difícil de aprehender. «Pasar por el paisaje» significa contemplar un paradigma de la complejidad y de la diversidad, que trascienda disciplinas e interdisciplinas, pero también un paradigma de la urgencia, porque los paisajes de mañana no serán los de hoy. «Pasar por el paisaje» es aproximarse, con mucha ambición, a un «pensamiento mestizo», capaz de rebasar la distinción fundamental entre cultura y naturaleza, entre lo material y lo inmaterial,

lo objetivo y lo subjetivo. Una antropología del paisaje basada en la dinámica de mezclar. Un paradigma para tiempos de crisis que permita, como aconsejaba Edgar Morin en el año 2000, «esperar lo inesperado». Hoy, en nuestros paisajes, los de Francia y los de España, lo inesperado ya está aquí.

Con mi agradecimiento, grande y amistoso, para Josefina Gómez Mendoza y los responsables de la revista *Ería*.

MEDIO SIGLO DE ITINERANCIAS PAISAJÍSTICAS (1955-2009)^{4/5}

I. INTRODUCCIÓN. EL PAISAJE, PASO OLVIDADO

PERO OBLIGADO DEL ANÁLISIS TERRITORIAL Y AMBIENTAL: UNA EPISTEMOLOGÍA DE TERRENO

Expresarme sobre el paisaje no es algo evidente. Sin embargo, está ahí y se impone a mi mirada. Presencia inmediata, cotidiana, familiar, simple, palpable, evidente.

⁴ «Medio siglo de itinerancias paisajísticas (1955-2009)» es el texto más largo de los que Georges Bertrand ha recopilado bajo el título de *En passant par le paysage... parmi lieux et milieux, environnements et territoires* en el número 56 (2009) de la revista *Géodoc. Documents de Recherche de l'Institut Daniel Faucher*, del Département de Géographie-Aménagement de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, pp. 6-51. Como indica el autor en las palabras previas a este número, se trata de un reflexión motivada por la demanda de Serge Briffaud, director del laboratorio CEPAGE de la Escuela de Arquitectura y Paisaje de Burdeos en el marco de un seminario de historia y epistemología para que retornara sobre su trayectoria científica de manera personal. El texto está acompañado con dibujos de Jean-Paul Métaillé, discípulo de Bertrand, director de investigación en el CNRS y director del laboratorio GEODE de la Universidad de Toulouse, la mayoría de los cuales se reproducen en esta edición española, con autorización del autor. Bertrand considera que más que ilustraciones constituyen verdaderas contribuciones críticas. El resto de los textos del número especial de *Géodoc* son: «“Un paysage plus profond” (Serge Briffaud). De l'épistémologie à la méthode (2008)» (pp. 52-61), cuya traducción, realizada por Francisco Rodríguez Martínez, profesor de geografía de la Universidad de Granada, ha sido publicada en los *Cuadernos de Geografía de la Universidad de Granada*, núm. 43 (2008), pp. 17-28; y finalmente, el texto «L'envol de la colombe ou le retour du refoulé (2008)» (pp. 62-64). La traducción del texto que se ofrece en este número, incluida la de estas palabras preliminares, especialmente escritas por el autor para la ocasión, es de Josefina Gómez Mendoza. [Nota de la traductora.]

⁵ «Si tu marches, tout marche à côté de toi et la route est suivie par des troupeaux de collines», Jean Giono [«Si andas, todo anda a tu lado, y siguen al camino rebaños de colinas»].

A Serge Briffaud, que ha inspirado, exigido, la reconstrucción de este itinerario redactado, como a contracorriente, sólo en primera persona del singular, cuando se trata, evidentemente, de evocar un recorrido colectivo. En primer lugar y sobre todo con Claude Bertrand, geógrafa e ingeniera del CNRS, en una colaboración íntima de largo curso; en segundo lugar, con otros investigadores del CIMA-GEODE-CNRS de la Universidad de Toulouse-Le-Mirail, y más tarde del CEPAGE de la Escuela de Paisaje de la Escuela de Arquitectura de Burdeos: con muchos otros, también, encontrados por el camino.

Este relato, algo aventurado e incongruente, no sería posible sin la publicación previa de la obra *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités* (Cl. y G. Bertrand), gracias a la iniciativa, tan amistosa

El prado y su hilera de álamos temblones, el bloque de casas HLM⁶ levantado sobre un espacio verde rapado, el rumor de la autopista lejana, los cúmulos brotando en el cielo de verano, los Pirineos en el fondo del decorado. Hace medio siglo que este paisaje no ha salido ni de mi corazón ni de mi espíritu. Lo interrogo y me interrogo. Buscando comprenderlo. Menos como centro de gravedad permanente de una investigación que como pregunta viva, transversal, que me ronda continuamente y que gira sobre sí misma. Como una espera incubada bajo las cenizas de estudios más académicos sobre el medio ambiente y el territorio. Sintiendo siempre en aumento tanto las dudas sobre ese objeto fácilmente identificable como desconfianza respecto a mí mismo, mi manera de ser, de sentir y de concebir. Oscilando entre el rigor de una racionalidad necesaria y la confusión de sentimientos.

Cada cual tiene su manera de habitar el paisaje, su paisaje. Ese paisaje que es también el de los demás, el de todos los otros cuyas miradas divergen tanto como coinciden. Único y múltiple. Real e irreal. Quiero explicar este paisaje y explicarme a través de él, un paisaje que me pertenece, me sobrepasa y se me escapa en un vaivén sin fin. No se puede reflexionar sobre el medio ambiente y sobre el territorio sin tomar en cuenta esta dimensión paisajística para profundizar en su significado y su fuerza. A riesgo de alborotar algunas prácticas científicas.

Hoy el paisaje aparece como una maraña particularmente liada, sin verdadero «hilo conductor». ¿Por dónde abordarlo? ¿Por la sociedad o por el planeta? ¿Por la naturaleza o por la cultura? ¿Por lo social o por lo individual? ¿Por lo objetivo o lo subjetivo? De hecho, el paisaje es un nudo gordiano. Sobre todo, no hay que cortarlo.

El paisaje revela el mundo al mundo y hace de él nuestro mundo. Se construye, lo construimos, nos construye. Marco de nuestras vidas, ventana entreabierta a la

como atenta, de Chantal Blanc-Pamard en su colección *Parcours et Paroles* de la editorial Arguments (París, 2002), reeditada por Éditions QUAE (París, 2008). No se reproduce aquí la larga bibliografía que allí se incluye, que se refiere a medio siglo de investigaciones de todas las procedencias. Este libro ha sido traducido al español con el título de *Una geografía del medio ambiente. El sistema GTP: geo-sistema, territorio y paisaje*, Editorial Universitaria de Granada, España, 2006; y al portugués, *Uma geografia transversal: O meio ambiente através dos territórios e das temporalidades*, Editora Massoni, Maringa-São Paulo, Brasil, 2007. Una segunda edición, revisada y corregida, está prevista.

El texto surge directamente de varios seminarios de posgrado en la Escuela de Paisaje de Burdeos (2005-2009).

⁶ *Habitation à loyer modéré*: se refiere a un edificio construido para residentes de bajo nivel adquisitivo, por lo que el alquiler es moderado, según una política de vivienda y urbanización en las periferias muy característica de mediados del siglo pasado en Francia. Por extensión, HLM son los bloques de inmuebles modernos de viviendas baratas, en forma de barras o torres, por lo que se podría equiparar a las VPO (viviendas de protección oficial). [N. de la T.]

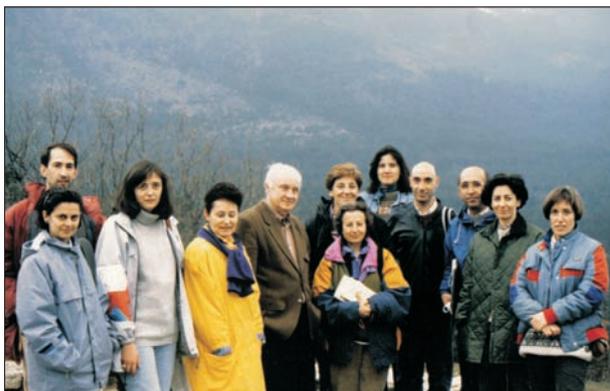


FIG. 2. Georges y Claude Bertrand en el mirador del Lozoya, en el Guadarrama, a mediados de los años noventa, con un grupo de geógrafos madrileños pertenecientes al master *Paisaje y Territorio*. [Fotografía: Josefina Gómez Mendoza]

naturaleza, vitrina de nuestros artefactos, espejo que nos refleja. Atrae y exaspera a la vez.

Irresistiblemente, atrae. Al desvelar la belleza frágil y amenazada del planeta a una sociedad materialista pero fascinada por las imágenes, dedicada al culto de lo virtual y de las apariencias. Al paisaje, tras una larga historia, se le ha conferido en cierto modo, pero tarde, con cierta urgencia, quizá como último recurso, la misión de interceder para sensibilizar, en los dos sentidos del término, sobre las cuestiones del territorio, del medio ambiente, de la ordenación y del desarrollo. Para tranquilizarnos sobre la perennidad y la familiaridad de las cosas que nos rodean.

También exaspera. Paradójico, caótico, inasible. Totalmente concreto en sus manifestaciones territoriales pero lleno de referencias estéticas y simbólicas, a la vez materialidad ideal e idealidad material (utilizando la terminología de Maurice Godelier). Su exuberancia resiste a la razón razonante, lejos tanto de sus esquemas científicos y economicistas como de las clásicas categorizaciones socioculturales. Está además a menudo asfixiado en el galimatías de los sueños y de los mitos... o en el *pathos* de los discursos tecnocráticos, que no dejan de ser vulgarmente utilitaristas.

Esta ambigüedad, al serle consustancial, quizá sea hoy la clave de su brillante éxito; éxito en la mayor parte de los campos de la ciencia, del arte y de la acción. Por lo menos ésta es la hipótesis central, el hilo conductor y la razón profunda de una investigación que comenzó hace medio siglo y que no deja de recomenzar.

No pretendo desarrollar aquí una nueva teoría del paisaje. Ya hay demasiadas. La eficacia no radica en ello. Está más en la práctica de un empirismo de aproximacio-

nes sucesivas en el curso de la cual el paisaje no es más que la parte emergida de ese iceberg que es el territorio de los hombres. El paisaje no es ni un fin ni un medio. Es un paso, con sus umbrales y sus obstáculos. Una etapa obligada, si no esencial, para aquel que, al interrogarse sobre el territorio y el medio ambiente, no olvida el conjunto de los valores, fuentes, recursos e inspiraciones que nos dicen cómo sienten los hombres y cómo viven los movimientos y los colores de la Tierra.

En todo caso, transitar por el paisaje no es solamente un paseo entre formas y volúmenes, colores, ruidos y olores reunidos que, como dice el poeta con acierto, «se responden» y se confunden. Tampoco es una ascesis científica, estructurante y funcional. El paisaje es una mezcla de géneros, un camino lleno de imprevistos: descubrimiento del terreno, descubrimiento de los demás, descubrimiento de uno mismo. Como me ocurrió con el Sidobre en mi juventud, sus caos graníticos, sus densos matorrales y sus ruidosas canteras, que me desvelaron toda la profundidad de un paisaje en el que lo natural y lo humano se mezclan sobre un pequeño territorio, dando lugar a un verdadero mundo, lo mismo para mí que para las gentes que allí viven.

Dicho de modo aún más simple, ésta es la historia de una investigación de largo recorrido. A la vez individual y colectiva, disciplinar e interdisciplinar, básica y aplicada. Y fue así prácticamente desde el principio. La cuestión central es la manera en que los hombres y las sociedades perciben, construyen, animan y viven su territorio, que es también su ambiente. El paisaje está por todas partes, el ordinario o el extraordinario. No siempre está en el centro de la problemática. A veces no se lo nombra y, al menos al principio, no se es consciente de su presencia. Pero la cuestión central nunca ha variado. Por el contrario, ha oscilado al ritmo de los acontecimientos políticos, sociales y económicos, culturales y científicos que, en el curso del último medio siglo, han conmovido las relaciones de las sociedades entre sí y con el planeta. Una investigación desarrollada a partir de polos múltiples, a menudo contradictorios, sin jerarquía duradera y en forma ambivalente: naturaleza y sociedad, ciencia y cultura, medio ambiente y paisaje, geografía y ecología, historia y prospectiva, epistemología y método, monografía y modelización, científicidad y poesía. Hoy, el paisaje ocupa un lugar cada vez más reconocido y construido... pero siempre discutido y discutible, ya que no deja de ser móvil y fugaz.

Al proponerme que vuelva la mirada hacia esos años de investigación, hacia el paisaje y lo que lo rodea, e invitándome expresamente a situarme personalmente en él, Serge Briffaud, director de la Escuela de Paisaje y del

laboratorio CEPAGE (centro de investigación sobre la historia y la cultura del paisaje) de la Escuela de Arquitectura de Burdeos, ha despertado en mí un viejo demonio familiar. El de una saludable (auto)crítica hecha a base de dudas y con algunas frustraciones. Dudas sobre el fundamento de aproximaciones a veces poco científicas por su inconsistencia epistemológica y sus carencias metodológicas. De manera más general, frustración por haber asistido a (y a veces practicado) ciertas manipulaciones prácticas e instrumentalizaciones didácticas y pedagógicas sobre bases científicas tan dispares como vagas..., así como por haber descuidado ciertas dimensiones «sensibles» del paisaje.

Sin duda, investigar sobre el paisaje permite alcanzar importantes logros, eficaces y brillantes. Pero no dejan de ser éxitos dispersos, individuales, específicos o marginales. Que no constituyen uno o varios corpus de referencia para investigadores llegados de horizontes diferentes, a menudo sin adaptar demasiado los bagajes científicos, dirigidos más a los responsables de la ordenación del territorio y del desarrollo local, menos preocupados por la solidez de las construcciones científicas que por los contenidos políticos, jurídicos o administrativos. Es lo que ocurre con demasiada frecuencia, tanto en Francia como en el resto de Europa, con una práctica del paisaje que desde no hace mucho está encorsetada por leyes, cartas y convenios, sin duda indispensables y que responden a las exigencias de la degradación de los paisajes, pero que se olvidan de que la indispensable investigación básica es costosa, incierta y de largo recorrido. En realidad, la investigación no es la prioridad. Más que preceder a la política del paisaje, la sigue. La mayor parte de los grandes coloquios europeos consagrados a las políticas del paisaje están acordados en el plano cultural y son de una mediocridad científica evidente. El indiscutible éxito cultural y científico del paisaje responde en parte a una engañosa facilidad de globalización, también a una aglutinación de circunstancias y a una deriva paracientífica, en la que se encuentran atrapados muchos investigadores, sobre todo principiantes, que siguen líneas de paisaje sin consistencia y sin salida. Sostenemos aquí que el paisaje puede ser algo muy distinto de un atajo, de un peor-esnada o de una excusa. Es, también y sobre todo, un largo camino que aclara y humaniza el territorio.

De hecho, el debate de fondo sobre el paisaje no ha hecho más que empezar. Y no por ello escapa a la necesidad de una reflexión retrospectiva. Todo contribuye hoy a que yo vuelva de forma crítica sobre el conjunto de mis anteriores intentos y todo me incita a avanzar nuevas propuestas. No sólo más racionales y mejor cons-

truidas, sino, sobre todo, más cercanas a la cotidianeidad del paisaje y a su anclaje territorial. Teniendo cuidado de no alimentar aún más los grandes discursos, las posturas diletantes y las recetas insípidas. ¿Con el riesgo incluso de desposeer al paisaje de su vaporosa poesía? ¿Para sacarlo de un esoterismo y de una vaguedad mistificadora? Con la ambición (¿la pretensión?) de otorgarle esa profundidad, reivindicada por Serge Briffaud, que sólo pueden conferirle los análisis científicos normalmente constituidos. Sabiendo que el paisaje siempre será, según los individuos y las culturas, una cuestión perpetuamente abierta, atravesada por corrientes contradictorias de las que se tratará de esbozar, en el mejor de los casos y con carácter provisional, una siempre lejana cuadratura. La apuesta es ir tan lejos y tan a fondo como sea posible sabiendo que ni hay salida ni un fin seguro. Es una cuestión tanto de epistemología de muy largo alcance como de método.

Entre el discurso de conveniencia y la instrumentalización para ganarse la vida, a los que no les faltan partidarios, se abre un espacio de reflexión, de análisis y de construcción, que puede hacer al paisaje presente y consistente más allá de las solas apariencias y conveniencias. No está ni en las fantasmadas ni en las complacencias voluntarias a favor de un paisaje infinito e indefinible, que abarque en una amable confusión todas las imágenes, materiales o virtuales, que «hacen paisaje». Si el paisaje está omnipresente, no es ciertamente omnisciente.

Porque nada es más banal que el paisaje. Corresponde, en primer lugar, a la mirada más o menos detenida o distraída que se posa sobre todo espacio geográfico. Como ese desfile secuencial precipitado y suntuoso de la cadena de los Pirineos que despliega macizos y valles a lo largo de la autopista 68 entre Toulouse y Bayona. Sin embargo, nada hay más embrollado y más enredado y más profundamente oculto que ese proceso paisajístico que contribuye a nuestra visión del mundo. Desde el asentamiento sobre el cerro-cuesta de Saint-Félix-de-Lauragais, que es una bastida pegada a un castillo amurallado, cercana al antiguo molino de trigo cuya cubierta ha sido recientemente restaurada, frente al vasto panorama de la llanura agrícola de Revel, cerrada al sur por la pesada masa forestal de la Montaña Negra, se despliega un fino mosaico paisajístico del que surge toda una historia de herbáceas pastel y de maíz, de terneros y de ocas, de *bocage*⁷ y de

⁷ Paisaje agrario de campos cerrados separados por setos o cercas. El término *bocage* ha sido prácticamente incorporado al vocabulario científico e, incluso, al paracientífico, por lo que lo utilizaremos así en este texto. [N. de la T.]

concentración parcelaria, de guerras religiosas fratricidas; todo ello a veces barrido por fuertes vientos del sur bajo un cielo tormentoso, otras acunado por la música sabiamente bucólica de las *Geórgicas* de Deodato de Séverac, cuyo busto de mármol, detrás de mí y conmigo, contempla este paisaje *lauragais* que le inspiró.

Este tipo de evocación demasiado unívoca dibuja un paisaje en la profundidad de una historia personal. No basta para fundar sobre ella una investigación paisajística. Sin embargo, no puedo borrarla y hacer como si el análisis del paisaje se me planteara, ex nihilo, a partir de una aproximación neutra y objetiva, en una palabra aséptica. ¡Sería adentrarse en un camino sin salida, contra la naturaleza, o, de forma más precisa, contra el paisaje! Por el contrario, representa un primer eslabón que conduce, trascendiendo lo sensible, a la aprehensión de un territorio a través de su paisaje. Más vale ser consciente de ello y reconocerlo de la manera más explícita.

No por ello soy paisajista. No lo he sido jamás. No pienso serlo. Soy geógrafo de formación y de profesión. Quizá incluso... de nacimiento. Más de la parte física de la geografía que de la social. Más social que ecólogo. No lo bastante utópico e idealista como para ser ecologista, pero sensible a los desórdenes del planeta y a la irresponsabilidad de los hombres. Me inquieta que se termine un mundo que es el de mi infancia. El paisaje me ha atraído mucho antes de que me tropezara, como bachiller y después como universitario, con la geografía y las «ciencias naturales». Hasta es verosímil que el paisaje haya sido la causa primera y definitiva de mi vocación. Mis paisajes han arraigado allí donde el mar ondulante de las colinas de Aquitania entra en contacto con las altas tierras del Macizo Central. Con los caos graníticos del Sidobre, las landas y los *bocages* de los montes de Lacaune como primeros lugares de evasión, de descubrimiento, de contemplación y, ya entonces, de interrogación. Con la masa forestal de la Montaña Negra y los lejanos Pirineos nevados como misterioso telón de fondo que me incitaban a futuros descubrimientos. Sólo más tarde, después de varias decenas de trabajos clásicos de geografía, y de los primeros encuentros con los paisajistas, el jardín francés del Evêché (convertido en ayuntamiento) de Castres (Tarn), trazado por Le Nôtre, entraría a formar parte, con otros, del mosaico de mis paisajes. Dicho de otra forma, «mis paisajes de convivencia», como dice G. Sautter, sólo marginalmente se refieren a las prácticas de trazado de jardines y del *ars topiaria*. Salvo que este último calificativo se aplique al conjunto del proceso paisajístico, que es sin duda una configuración humana elaborada a partir de la naturaleza.

La disciplina geográfica ha sido el punto de partida científico, el instrumento principal, pero no exclusivo, y el paisaje el punto de referencia que nunca perdí de vista. La interdisciplinariedad ha sido para mí un momento obligado y privilegiado pero nunca un fin. Situación compleja, a veces confusa, pero no excepcional, que quiero traducir con el neologismo *itinerancia*. Un único rumbo pero pistas múltiples, que se entrecruzan, con calzadas reales y caminos sin salida, calveros y muchas lindes, obstáculos y bifurcaciones, grandes baldíos. Esta investigación tiene un largo recorrido, se ha desarrollado a lo largo de medio siglo caótico, fértil en evolución y revoluciones, siempre guiada por dos exigencias concomitantes y estrechamente interdependientes: la prioridad dada al trabajo de campo y el ir rigurosamente acompañada por una reflexión epistemológica y metodológica; trabajo de campo como epistemología y epistemología como trabajo de campo.

1. Un paisaje sobre el terreno

El paisaje se me presentó primero, en su banalidad de terreno, como la evidencia de una simple mirada y el resultado sensible de una observación más o menos consciente de un territorio. Después, progresivamente, sin idea ni plan preestablecido, se fue elaborando una cultura paisajística banal, multiforme y más o menos consciente, a la vez geográfica y naturalista, social y económica, teñida de literatura y de poesía, como prolongación ineluctable y profundización de miradas y emociones de terreno. El conocimiento, al menos el deseo de conocimiento, ha sido siempre consustancial a la contemplación y al placer de los sentidos. La bola de granito grisáceo, llena de hongos y cubierta de líquenes multicolores, que lleva la marca de hierro del cantero, y destaca sobre un prado de cardaminas emergiendo de un espeso manto de arcillas rojas con gravas, ha sido una de las primeras imágenes en unir la simple sensación con la perplejidad de una interrogación, al principio sólo geomorfológica, ampliada más tarde a lo geosistémico y paisajístico. Sin ruptura. Mi «paisaje sensible» (P. Sansot) no es ajeno al conocimiento. Quiero saber lo que veo. Veo mejor lo que sé. Cuanto más sé, más veo. Sólo progresivamente fui conceptualizando y categorizando en aras de una aprehensión global del paisaje. La división entre ciencias, sociales y naturales, me pareció una necesidad de profundización científica. No he tenido ningún a priori disciplinar aunque mi disciplina de formación, la geografía, sigue siendo mi principal referencia. Visto desde el terreno, el paisaje no le pertenece a ninguna disciplina particular.

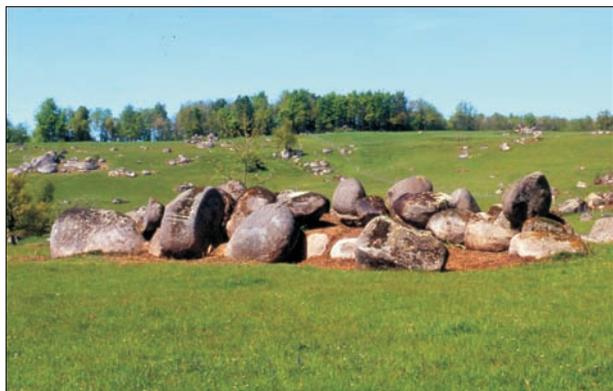


Fig. 3. Un paisaje relicto en el Sidobre. Las praderas de Cazals salpicadas de bolos graníticos. [Foto: Patrick Urbano]

2. Una epistemología del paisaje

De modo que el paisaje me ha ocupado siempre, y todavía me ha preocupado más. Me suscita cada vez más preguntas, incluso más dudas, que respuestas. Pero nunca de manera exclusiva y definitiva. Ni como fin ni como medio. Sino como paso, o más exactamente como un «obstáculo epistemológico» en el sentido de G. Bachelard. Ocupa habitualmente un lugar en las preguntas que me planteo y en las investigaciones más amplias sobre las relaciones que las sociedades humanas, en la diversidad de sus culturas, mantienen con sus territorios y con los de los demás, hoy con todo el planeta. En el seno de una nebulosa científica agitada en donde se mezclan naturaleza y cultura, lugares y medios, ambientes y territorios, geosistemas y ecosistemas. Sin ser ni alfa ni omega, el paisaje ocupa en este conjunto un lugar indeciso, variable, muy móvil, tan inevitable como ambiguo.

Cómo ve el hombre el mundo y cómo lo vive, ésta es la cuestión central. Para responder a ello, el paisaje no es más que una vía entre otras, una especie de «desvío» confuso pero prometedor. Es decir, una investigación multidireccional y multidimensional. Está siempre transformándose, y por necesidad casi siempre se mantiene al margen de disciplinas y métodos establecidos.

Esta historia personal, muy simplificada, se inscribe en una cronología general que va más allá del paisaje como única cuestión y que engloba una amplia parte de mi actividad científica. Sitúo el paisaje en su lugar, variable según los momentos y las circunstancias, en un conjunto de investigaciones mucho más amplias que se refieren a la relación naturaleza-sociedad, o, mejor, naturaleza-cultura, a través del campo que hemos acordado designar ahora como «medio ambiente» y que tiene que ver, con muchas

reservas, con el magma del «desarrollo sostenible». En aras de la claridad y para subrayar la progresión de un pensamiento paisajístico que se mueve de la naturaleza hacia la cultura, he reagrupado de manera un poco artificial las diferentes etapas en tres grandes periodos:

- el paisaje en la naturaleza (1955-1967), que subraya las raíces geográficas y, en particular, las de geografía física;
- el paisaje entre naturaleza y sociedad (1968-1980), que se inscribe en el avance progresivo de la ecología y del medio ambiente;
- el paisaje en la sociedad (1980-2008), que corresponde a un reconocimiento del paisaje en el análisis de las sociedades, en sus relaciones con los territorios, y, yendo aún más lejos, señala la emergencia de los valores paisajísticos en la cultura general.

II. EL PAISAJE EN LA NATURALEZA (1955-1967)

1. La geografía clásica, una «ciencia del paisaje» caída (1955-1960)

Aunque el paisaje haya sido para mí una evidencia banal y total, una simple manera de mirar el mundo, de disfrutar del espectáculo, sin comprenderlo del todo, mi encuentro con la geografía universitaria entre 1954 y 1959 fue determinante en todo lo que se refiere a la profundización y organización de unos conocimientos hasta entonces intuitivos y dispersos. Sin embargo, quedé cautivado, como muchos de los jóvenes investigadores de la misma generación, por la geomorfología, por su rigor descriptivo y explicativo, sus métodos y la eficacia de sus conceptos, en particular el sistema de erosión (A. Cholley y J. Tricart), sus prácticas y técnicas (cartografía, estadística, etc.) y, evidentemente, la importancia que concedía al trabajo de campo. Una tesis de geomorfología era el camino real.

En todo caso, ya en los años 1956-1957 (licenciatura) sentía tener que encerrarme en el análisis sólo de las formas de relieve, por muy apasionante que fuera, ¡cuando por todas partes, en los viajes por Francia y por el extranjero, se presentaban a mi mirada paisajes llenos de color, con sus vegetaciones, sus cielos y la huella del trabajo de los hombres! En 1959, al aprobar el concurso de la agregación⁸, me recuperé rápidamente del «síndrome de

⁸ En el sistema francés, la agregación es un concurso organizado por el Ministerio de Educación para seleccionar al profesorado de enseñanza media. [N. de la T.]



FIG. 4. UNA PRÁCTICA DE PAISAJE DESAPARECIDA. LA TRASHUMANCIA DE LOS REBAÑOS DE COLINAS. [Dibujo de J. P. Métaillé]

la cuesta» y de la aridez académica de los comentarios de los mapas topográficos a 1/50.000 con el único apoyo del mapa geológico.

Pero, ¿cómo tomar en consideración todo el paisaje en su globalidad viva, natural y humana? Sin duda estaban las grandes tesis de geografía regional y agraria (D. Faucher, R. Dion, R. Blanchard, P. Deffontaines, M. Sorre, G. Roupnel, etc.). Estos trabajos unen descripciones y explicaciones, tienen solidez científica y elegancia literaria, y evocan a menudo con arte, pero sin artificio, regiones naturales y humanas, comarcas y paisajes. Presentan un incomparable «cuadro geográfico» de Francia y del mundo, adecuado al estado de la sociedad, los conocimientos geográficos y los gustos literarios de la época. Pero no es menos cierto que la edad de oro de la geografía regional francesa había terminado en la primera mitad del siglo XX, por haber abusado de un plan de compartimentos preestablecidos y repetitivos.

Las causas de la extinción de los grandes trabajos de geografía regional sobrepasan con mucho la geografía y sus métodos. Tienen que ver con el movimiento general de la geografía y de la ciencia. Aquí sólo podemos recordarlos: explosión de los conocimientos científicos, especializaciones disciplinarias que fragmentan el conocimiento, triunfo de las ideologías materialistas que excluyen o marginalizan lo sensible, profetismo humanitario que magnifica al hombre y a la sociedad en la idea de un progreso infinito que borra la influencia de la naturaleza sobre ésta, etc. Además, la geografía física ya no cabía dentro de las ciencias sociales. No sólo se había separado de la geografía humana, sino que era mutilada por el crecimiento excesivo, y después por la auto-



FIG. 5. AÑOS 1950: LA DICTADURA DE LA CUESTA PESA SOBRE LA GEOGRAFÍA FÍSICA. Leyenda: «Buzamiento o muerte». «Calizas. Margas». [Dibujo J. P. Métaillé]

mización, de la geomorfología, que se convirtió en una ciencia por sí misma con sus propios fines.

La dimensión biológica era descuidada, incluso ignorada. La geografía física de los años 1950-1960, por lo menos en Francia, estaba a la vez atrofiada y aislada. Se había separado de los seres vivos y, además, censuraba, a veces con severidad, toda sensibilidad hasta el punto de borrar el paisaje o su dimensión humanista, lo que viene a ser lo mismo. No era más que un subdisciplina, en ambos sentidos del término, que ignoraba las ciencias de la naturaleza, salvo la geología. Ni el pensamiento de A. von Humboldt ni el vasto espíritu naturalista de la ciencia de Europa central eran ya referencias para la geografía francesa. En suma, una geografía poco naturalista, incluso antinaturalista. ¿No es esta geografía sin paisaje como un día sin sol?

Entre una geografía regional exhausta, una geografía humana que había estallado en muchas piezas y una geomorfología imperialista, no había vías intermedias, ni ningún compromiso. La pregunta era entonces: si el paisaje no puede existir desde el punto de vista geográfico, ¿acaso es que se encuentra en otro lugar..., o es que no se encuentra en ninguna parte?

2. La falta del eslabón biogeográfico (1960-1964)

El paisaje fue mi punto de partida, pero ya no lo encontraba a la llegada. ¿Había tomado el camino erróneo? Perseverar en geografía física suponía no sólo cambiar de problemática y de método, también de filosofía. ¿Dentro o fuera de la geografía como disciplina académica constituida? ¿Había que volver a la tradición y acercar

geografía física a geografía humana, cuando ésta se encontraba en plena divergencia, y reformular una dialéctica naturaleza-sociedad? ¿Con el paisaje como punto de mira? Equivalía a tropezarse con un doble obstáculo epistemológico. Por una parte, una laguna científica: la casi ausencia de dimensión biológica; por otra, un bloqueo ideológico (el de un marxismo tosco que había olvidado las enseñanzas de Marx y sobre todo de Engels sobre la naturaleza de la «naturaleza»).

En su tratado fundador (y deformador), E. de Martonne deja para los naturalistas especializados la responsabilidad de tratar de los seres vivos, dando muestras de un espíritu poco geográfico e incoherente con la concepción general de la obra. Maximilien Sorre, en sus *Principios de geografía humana*, libro que suponía una magnífica apertura hacia lo biológico, no ha sido otra cosa durante mucho tiempo que una voz clamando en el desierto de la geografía vidaliana. Abiótica sin razón y sin reflexión, la geografía física francesa no ha sabido sacar partido de los trabajos de ecogeografía de C. Troll y de la biogeografía europea y anglosajona ni, más tarde, de la naciente ecología. Los pocos intermediarios en este sentido fueron tardíos (A. Cailleux, H. Elhaï, G. Rougerie). De hecho, en plenos años sesenta reinaba una parálisis intelectual que me inhibió frente a todos esos «obstáculos epistemológicos» de los que ni siquiera era plenamente consciente.

Ocurrió entonces que entré en juego, primero de modo implícito, mi doble cultura científica. Desde los años de licenciatura, instigado por mi maestro el profesor Taillefer, había sido admitido para cursar enseñanzas de botánica y de biogeografía en la Facultad de Ciencias de Toulouse y, en particular, había obtenido un diploma de estudios especializados organizado por el Servicio del Mapa de Vegetación de Francia a 1/200.000. Fue en contacto con la escuela fitogeográfica de Toulouse fundada por H. Gaussen, con J.-L. Trochain, P. Rey, G. Lascombes, G. Dupias, M. Delpoux, P. Angelier y G. Cabaussel como me inicié no sólo en botánica y en biogeografía sino también en fotointerpretación y en cartografía y como empecé con la teledetección. Igualmente, siempre durante mis años de la licenciatura de geografía, participé en estudios aplicados de pastoralismo y forestalismo en los Pirineos, contratado como «experto» por el servicio de RTM (Restauración de Terrenos de Montaña). Muy cerca de las sociedades y de los paisajes de montaña. Entre los fitogeógrafos y los forestales, el paisaje era algo que no se planteaba explícitamente, caía por su base. Habían aprendido la lección de H. Gaussen, naturalista y humanista. Encontré, así, respuesta a una de mis inquietudes biogeográficas.

En 1959-1960, la elección de mi tema de tesis de doctorado fue decisiva. Al proponerme estudiar geomorfología cuaternaria (kárstica y glaciár) del macizo de los Picos de Europa, en las montañas cantábricas del noroeste de la península ibérica, el profesor F. Taillefer me confrontaba con paisajes montañosos suntuosos y contrastados. El proyecto me conquistó en el acto: con Claude Bertrand, ingeniera geógrafa en el CNRS, mi mujer, estuvimos en un primer momento inventariando y utilizando los elementos del paisaje (vegetación, clima, etc.) para comprender mejor los fenómenos kársticos y glaciares, y, en particular, la disimetría entre la vertiente atlántica y la castellana. Era un procedimiento científicamente no realista y, además, incompatible con el poderoso atractivo ejercido por paisajes naturales fuertemente antropizados.

Pero conviene recordar: ¿qué era un paisaje en aquellos años sesenta, más allá de la mirada, de las sensaciones y de las emociones? ¿Qué relación podía existir entre los verdes campos cercados plantados con manzanos del litoral asturiano y las altas crestas kársticas de los Picos de Europa? ¿En qué sistema lógico se podían inscribir a la vez, por un lado, las grandes vertientes de la umbría, oscuras y solitarias, cubiertas por hayedos y, por otro, los amplios horizontes luminosos de las brañas (landas con brezos) de la vertiente castellana, que en 1960 eran recorridas aún por los últimos rebaños de merinas venidos de Andalucía o de Extremadura? ¿Cómo reunir y ordenar lo que parecía distinto o al menos extraño en el orden tradicional de los conocimientos? Este mosaico territorial muy concreto y bien estructurado desmentía el calidoscopio de los análisis científicos. La pequeña cuenca intramontañosa de la Liébana nos sirvió, a ambos, de terreno de maniobras. Partiendo de levantamientos sobre el terreno (1960-1963), la primera idea fue concebir unidades biogeográficas especializadas, inspiradas sin duda en el modelo fitogeográfico de H. Gaussen, pero combinadas ya con procesos geomorfológicos, edafológicos y antrópicos. Esta experiencia se extendió a otros sectores de las montañas cantábricas, como el valle de Prioro, cambiando las escalas espaciales. Recurriendo cada vez más a consideraciones históricas (gestión pastoral y forestal, viticulturas antiguas, etc.).

Estas adiciones sucesivas y fragmentarias, concebidas a diferentes escalas de espacio y de tiempo, bastante desordenadas, nos parecieron poco eficaces y en contradicción con la aprehensión directa y global de los paisajes sobre el terreno. Se imponía una ruptura metodológica. Dentro y fuera de la disciplina. Las impresiones obtenidas en el campo, fugitivas y desordenadas, tenían que ser teorizadas y organizadas. Dar cuenta de los



FIG. 6. DURANTE MUCHO TIEMPO NO SE TOMÓ EN CONSIDERACIÓN A LA FAUNA EN EL GEOSISTEMA... Leyendas: «No hay método adecuado» «Es demasiado difícil de observar». [Dibujo de J. P. Métaillé]

paisajes cantábricos en su globalidad y diversidad: alta montaña kárstica, «sierras planas» y «rasas» del litoral asturiano, cuenca mediterránea de la Liébana, «brañas» y «páramos» de Castilla implicaban a priori una fase epistemológica y la elaboración de un nuevo paradigma.

3. El paisaje por la vía natural: el desvío por el geosistema (en torno a los años 1950-1960)

Los paisajes, tal como son vividos sobre el terreno, están en el origen del concepto de *geosistema*. Pero el geosistema no es, y no ha sido nunca, el paisaje en la plenitud de su significado. Entre ambos está toda la distancia que media entre una noción sociocultural muy amplia, de referencia banal, y un concepto construido y claramente finalista. Si hubo confusión, procede de un equívoco semántico en el título del artículo de 1968 «Paisaje y geografía física global». Esta confusión fue rápidamente corregida, debido en particular a la demanda de los investigadores rusos (Armand, Sochava), que deseaban, con razón, conservar para el geosistema su carácter de concepto naturalista.

No por ello he dejado de reivindicar y de mantener siempre un fuerte componente naturalista, geosistémico, para mi trayectoria en relación con el paisaje. Es, de hecho, una imagen de marca, con la firme voluntad de distinguirse, todavía hoy, del paisajismo y del ecologismo ambiente.

El objeto de este estudio no es disertar sobre el geosistema. Pero tenemos que retener del periodo 1960-1968 algunos principios fundadores del análisis de pai-

saje. Por ejemplo, aunque la cartografía biogeográfica derivada del método de Gausson no lleva directamente al paisaje, no por ello deja de ser un primer paso para avanzar en el análisis naturalista global de un medio geográfico, incluida su dimensión antrópica. Fue confrontada a trabajos alemanes y utilizada paralelamente a ellos (*Landschaftkunde* y *Landschaftökologie*), así como a diversos métodos aplicados anglosajones (*soil survey*, en Estados Unidos, *landscape survey* británico y canadiense y *land-use* australiano). Por último, a partir de los años 1964-1965 se filtraron algunas informaciones, fragmentarias e imprecisas, relativas a los trabajos soviéticos sobre el geosistema (centros de investigación de Irkutsk y de Novosibirsk, Academia de Ciencias de Moscú). Estos diferentes estudios integrados de medios naturales dieron lugar a una ruptura epistemológica, conceptual y metodológica sin la que mis investigaciones posteriores sobre el paisaje sin duda habrían seguido otro curso.

El concepto de *sistema de erosión* (André Cholley) habría podido ser una primera etapa, pero careció siempre de la ambición de ir más allá de una concepción tripartita (clima-suelo-vegetación) que nunca excedió el dominio geomorfoclimático (J. Tricart). Es verdad que en las décadas de 1950 y 1960 el análisis de sistemas seguía siendo reservado y el concepto de *ecosistema* seguía estando restringido a estudios naturalistas muy especializados, esencialmente en los países anglosajones.

En un artículo redactado entre 1964 y 1966 y publicado en 1968, «Paisaje y geografía física global», expuse una teoría y un método personales del geosistema, basados principalmente en observaciones y levantamientos sobre el terreno (Picos de Europa y montañas cantábricas centrales). El artículo fue rechazado por la revista *Annales de Géographie*. Sin mediar explicación, por tanto. Sin que hubiera posibilidad de discusión. Decisión significativa que revela un cierto miedo por parte de la geografía francesa. Fue entonces inmediatamente publicado por la *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, gracias al interés que mostró el profesor Taillefer. Más tarde ha sido ampliamente difundido y discutido, sobre todo en el seno de otras disciplinas (agronomía, ecología, arqueología, edafología y ciencias forestales) y traducido a una docena de lenguas. En fin, estuvo en el origen de la decisión del CNRS⁹ de conceder una medalla de plata a su autor (1992).

⁹ Centre National de la Recherche Scientifique, equiparable al Consejo Superior de Investigaciones Científicas español. [N. de la T.]

La única reacción directa y casi inmediata fue la de A. Cholley, a título personal. En una carta muy detallada (seis páginas manuscritas), discutía tanto la forma como el fondo. Este documento pone de manifiesto (lo que no deja de ser curioso en el autor de la *Guía del estudiante*, notable por su aperturismo) una dificultad clara y una cierta incapacidad de concebir el medio geográfico como un todo, aun más como un sistema, y de integrar la dimensión biológica y/o ecológica. No utilizaba en ningún momento los términos de *sistema*, *ecosistema* o *paisaje*. Se trataba menos de situar el «medio» geográfico en el centro del debate que la disciplina geográfica, lo que equivalía a confundir el objeto con la herramienta¹⁰.

En el bien entendido de que el geosistema no es el paisaje, hay, entre ambos, fundamentos teóricos comunes y una indiscutible continuidad conceptual: integración a partir del trabajo de campo y de la territorialización, utilización del análisis sistémico, jerarquización de las estructuras y de los procesos en función de las escalas espacio-temporales, amplia apertura sobre las diferentes formas y sobre los mecanismos de antropización, interfaz naturaleza/sociedad, etc. Sin duda, el paisaje, tal como lo entiendo, en 2008, estaba en otra parte... o en ninguna parte, sobre el terreno y en la mirada. Todavía era inaccesible a la teoría y al método.

4. El paisaje olvidado de los Treinta Gloriosos¹¹

En los años que constituyen el periodo que se llama los *Treinta Gloriosos*, arrastrados por la idea de progreso, polarizados por la urgencia de la reconstrucción de la sociedad y de los territorios, se prestó poca atención a la naturaleza y a los paisajes, salvo para encontrar en ellos nuevos recursos y explotarlos sin precaución como si fueran inagotables. La ordenación se asemejaba a menudo a una desordenación brutal y los paisajes tradicionales, tanto urbanos como rurales, fueron remodelados o destruidos. Sin embargo, el paisaje nunca estuvo enteramente ausente del pensamiento de los ordenadores. Pero, o bien se reducía a un acompañamiento artificial,

tipo «espacio verde», o bien quedaba restringido a los jardines, lo que equivalía a un arquetipo de paisaje demasiado limitado. Así ocurre con la urbanización de los viejos patrimonios urbanos o la edificación de las grandes periferias, las ciudades nuevas o las zonas industriales, las grandes infraestructuras de transporte. Las concentraciones parcelarias y las repoblaciones forestales del FFN (Fonds Forestier National)¹² estaban trastocando los espacios rurales, borrando o uniformizando viejos terrazgos. Aparecen nuevos paisajes. En el desorden del territorio y frente a una indiferencia bastante general. Se emborronan las representaciones paisajísticas y son marginalizadas desde el punto de vista cultural. En efecto, el paisaje estuvo bastante poco presente en las diferentes formas del arte (pintura, cine o fotografía) salvo como telón de fondo. Prácticamente no existía para la investigación científica. Incluso la geografía tendía, paradójicamente, a convertirse en una disciplina sin paisaje, con la excepción de la geografía tropical, todavía sensible al descubrimiento de los medios y de los hombres (G. Sautter y Ch. Blanc-Pamard). Algunos investigadores llegaron a proclamar «el fin de los paisajes». Pesada herencia, que durante mucho tiempo gravitará sobre la esfera política y tecnocrática y que la investigación científica mantendrá durante varios decenios.

Es entonces, en este ambiente general de desdibujamiento de la naturaleza y del paisaje en Europa, cuando la ecología, esencialmente norteamericana, fue imponiéndose, no sin dificultad, hasta convertirse, a la vez, en disciplina científica y en ideología dominante. La difusión en Francia de la ecología científica debe mucho a los *Fundamentals of Ecology* de los hermanos Odum (1960). Para los investigadores, naturalistas y sociales, constituyó un choque conceptual. Por primera vez una ciencia moderna que engloba un conjunto tan complejo como el mundo vivo es reunida en los límites de una disciplina y de un concepto. El ecosistema dibuja una diagonal lógica a través de conocimientos hasta entonces dispersos y más o menos diferentes. Esta lógica genera interactividad entre fenómenos considerados hasta ese momento en sí mismos y por sí mismos. Una nueva problemática totalizadora, ecológica y no ya solamente naturalista, se impone tanto a la sociedad como a la naturaleza. A partir de la relación inicial biotopo-biocenosis, los fulgurantes progresos de la biología y de la sinecología permiten construir combinaciones ecosistémicas

¹⁰ Este documento, que puede interesar a la historia general del pensamiento geográfico, ha sido donado al archivo del Laboratorio de Historia y de Epistemología de la Geografía (directora M.-C. Robic, CNRS, París). El profesor Cholley murió pocos días después de haber escrito esta carta, que quedé, por ello, sin contestación por mi parte.

¹¹ La historiografía francesa suele llamar *Trente Glorieuses* («treinta años gloriosos») al periodo de crecimiento económico ininterrumpido de los países de la OCDE (especialmente Alemania y Japón) que va desde el final de la segunda guerra mundial (1945) hasta la crisis del petróleo de 1973. [N. de la T.]

¹² Aunque institucionalmente distinto, es el equivalente del Patrimonio Forestal del Estado, posterior Icona, en España. [N. de la T.]

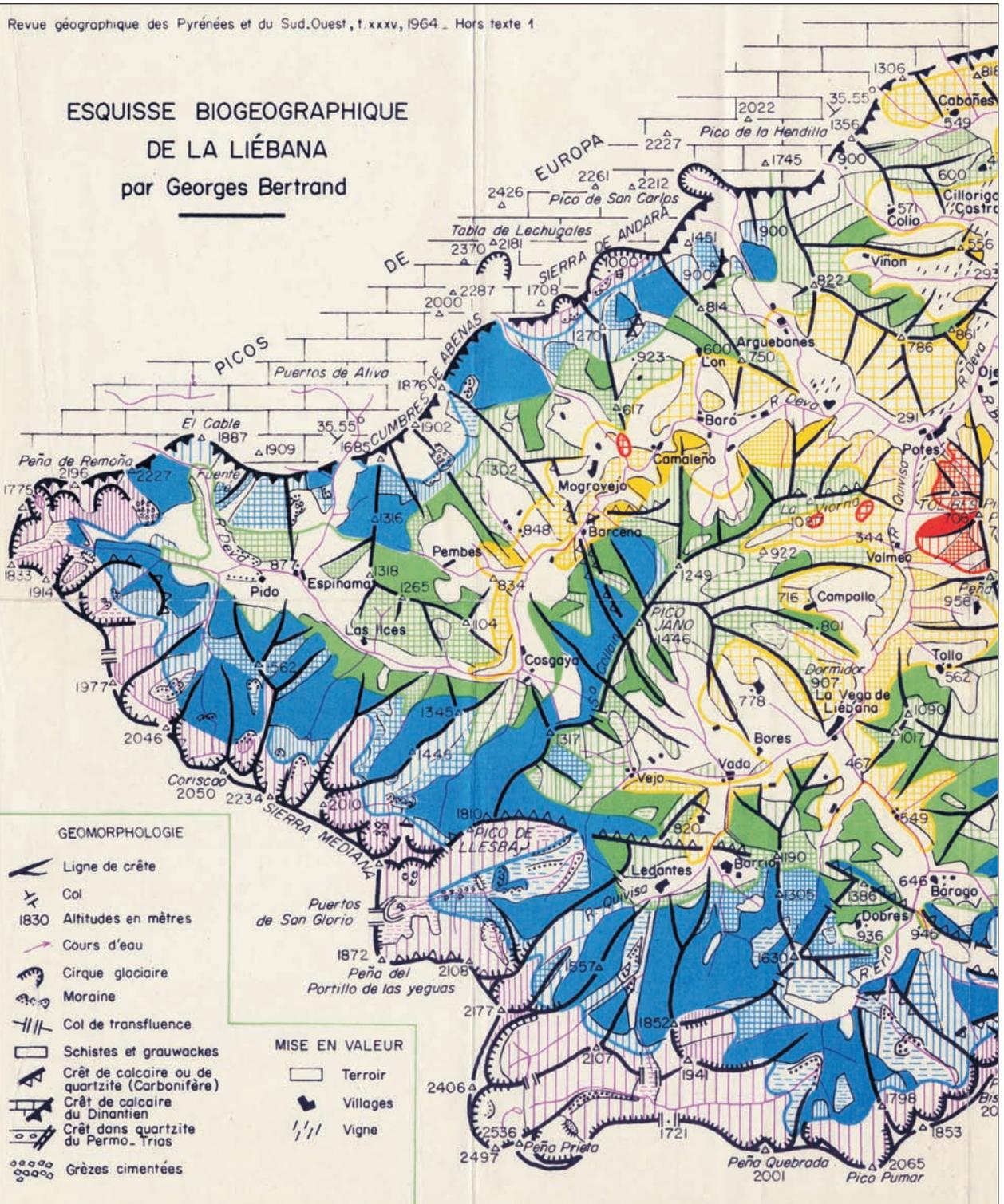
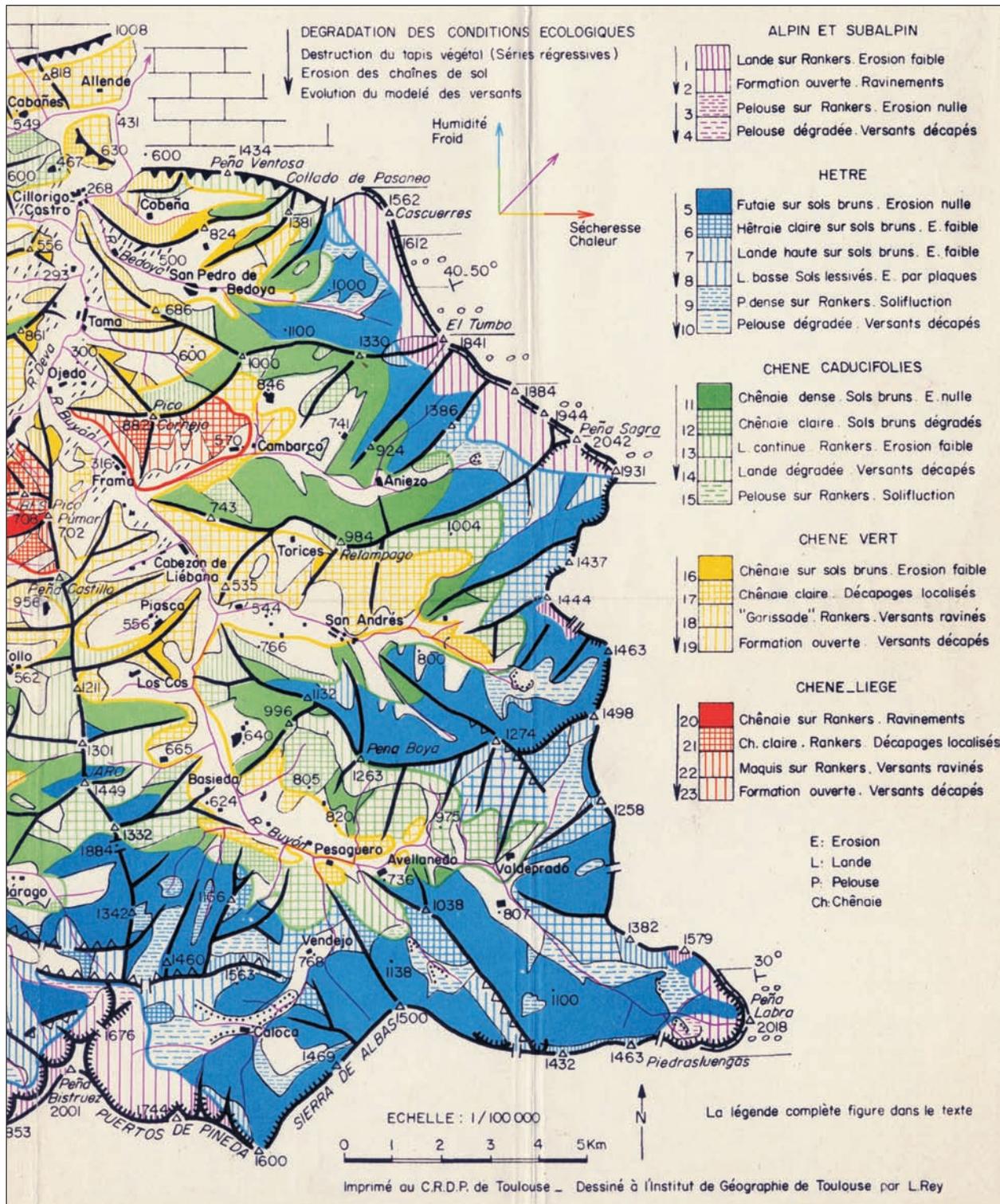


FIG. 7. Bosquejo biogeográfico de la Liébana, publicado en la *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest* (1964)



cada vez más complejas y más rigurosas hasta llegar a las modelizaciones energéticas contemporáneas en los límites de la biología molecular. ¿Se consigue con ello unificar y aclarar plenamente el mundo vivo? De hecho, el hombre, como realidad biológica, sólo queda integrado con dificultad y paulatinamente, casi siempre a posteriori. El hombre, hecho cultural, individual y con más razón aún social, siguió estando por mucho tiempo en los márgenes del ecosistema, al igual que el obrero de la undécima hora de los Evangelios. En Francia, la ecología naciente de los años setenta no supo, no pudo y ciertamente no quiso superar la discontinuidad epistemológica entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. De ahí los retrasos y las confusiones acumuladas por las investigaciones ecológicas en Francia en cuanto quisieron enfrentarse a las problemáticas económicas y sociales.

El ecosistema, aun menos que el geosistema, que se abre ampliamente y a priori sobre la dimensión antrópica, no es, por tanto, el paisaje. Pertenece a otro mundo y a otro modo de pensar. En el mejor de los casos, es un modelo biológico científicamente eficaz; en el peor, un avatar biologizante, incluso sociobiologizante. Eso sí, dotado de la buena conciencia reduccionista de los investigadores. En relación con el ecosistema, evocar el paisaje, urbano o rural, consiste sin duda en ver el mismo objeto, pero desde la otra orilla, la de la cultura y la humanidad. Una orilla que todavía estaba cubierta por la niebla.

No por ello el ecosistema de Tansley y, después, el de Odum dejaron de desempeñar un papel capital en mi trayectoria de investigación y, particularmente, en mi primera concepción de geosistema (1964-1967). Detrás de estos dos conceptos existe una teoría general de sistemas que yo desconocía en aquella época y que me ayudó a estructurar mi reflexión sobre el análisis integrado de los medios y, después, más tardíamente, de los paisajes. Hasta entonces había manejado en concreto el sistema de erosión de A. Cholley, pero sin percibir todo su alcance teórico, como, por lo demás, le ocurría a la mayor parte de los geógrafos.

El paisaje del que trato en los trabajos de los años cincuenta y sesenta, a menudo asociado al geosistema, sigue siendo, pues, un concepto de inspiración naturalista que tiende a englobar aspectos humanos, en primer lugar antrópicos, pero luego, aunque no siempre lo consigue, más directamente sociales. Esta forma de proceder remontante, de la naturaleza a la sociedad, no es ciertamente por sí misma un buen método para alcanzar el paisaje en toda su plenitud.



FIG. 8. ¿CUÁNTO ME GUSTÓ MAYO DE 1968! Leyendas: «¡Camaradas! ¡Abajo la reacción!» «¡Viva la retroacción!» [Dibujo de J. P. Métaillé]

III. EL PAISAJE ENTRE NATURALEZA Y SOCIEDAD (1968-1980)

1. Mayo del 68 y la primavera de la interdisciplinariedad

Amé Mayo del 68. Nunca reconoceré bastante, a contracorriente de los talentos conservadores que se han convertido en culturalmente correctos, todo lo que mi itinerario científico debe a los «acontecimientos» de la primavera de 1968. Vivido en directo, este espacio de libertad me liberó para siempre y sin vuelta atrás de las envolturas disciplinarias y de las barreras académicas que obstaculizaban las vías de la imaginación y de la innovación. En mi caso, esta «revolución» fue menos política que cultural, y mucho menos cultural que científica. Consistió, sobre todo, en una nueva práctica, tanto en la investigación como en la pedagogía y en el trabajo sobre el terreno, además de en la apertura a la teoría. El CIMA (centro interdisciplinar de la investigación sobre los medios naturales y la ordenación rural) de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, reconocido como laboratorio del CNRS en 1974, fue el resultado más notable. Se trató de un movimiento colectivo de los profesores, de los investigadores y de los estudiantes, en el medio favorable del Instituto de Geografía Daniel Faucher. Mi maestro François Taillefer merece ser mencionado de manera especial, así como Roger Brunet y Bernard Kayser, que supieron dar ejemplo en el campo de la geografía social.

Desde los años 1962-1967, la elaboración del concepto de *geosistema* supuso a la vez una ruptura y una refiguración. Consistía en enfrentarse directamente a la naturaleza, los paisajes y los territorios, allí donde estu-

vieran, es decir, en el corazón de las sociedades, y en plantear la cuestión de su globalidad existencial, mientras las disciplinas practicaban divisiones petrificantes. Los paisajes y los geosistemas de las montañas cantábricas no pueden comprenderse sin la presión histórica de la Mesta y de los diferentes sistemas agropastorales. Suponía también provocar, desbordando los métodos tradicionales, una ampliación epistemológica y conceptual profundizando en la historia larga de las sociedades. Esto también se llama interdisciplinariedad.

Es verdad que la interdisciplinariedad no nació en Mayo del 68. Pero sí que fue reconocida entonces por todos y se convirtió rápidamente en una necesidad (también en una moda a la que no le faltaron excesos caricaturescos y vacuidad de muchos de sus contenidos).

2. *¿La «ciencia del paisaje», una «ciencia diagonal» (R. Caillois)? (1968-1972)*

Pusimos en práctica la interdisciplinariedad, por proximidad, con los naturalistas (botánicos, biogeógrafos, palinólogos, edafólogos) de la escuela de H. Gaussen en el marco de los programas de investigación del CIMA-CNRS. La idea de fundar una «ciencia del paisaje» como «ciencia diagonal» del medio ambiente suscitó verdadero entusiasmo y dio lugar a intensos intercambios de ideas. Se le consagró un número especial de la *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest* (1972, 42-2). Sin duda, los trabajos allí reunidos, tanto los teóricos como los prácticos, siguen teniendo una inspiración muy naturalista, a la vez por su espíritu que por su contenido y finalidad. Pero, a la inversa, el impacto de las sociedades sobre los medios se considera como uno de los procesos motores del medio ambiente, lo que no era, a la altura de la década de 1970, una idea muy extendida. «Una ciencia del paisaje nunca ha sido tan necesaria», manifestaba Taillefer, pero se mantenía en el dominio de lo utópico. ¿Por cuánto tiempo?

3. *La apertura de las ciencias sociales a la idea de naturaleza: los inicios de la interdisciplinariedad ambiental (1970-1980)*

No fue casualidad que una de las primeras configuraciones interdisciplinares sirviera para reunir, bien es cierto que sin metodología específica, los primeros análisis heterogéneos de lo que se empezaba a designar entonces bajo el término de *medio ambiente* y que se confundía a menudo con la ecología científica, que comienza a ser conocida en Francia a partir de los años setenta.

El medio ambiente, noción vaga, encontró muchas dificultades para imponerse en la investigación, sobre todo en las ciencias sociales, en la medida en que, en su primera formulación, se mantuvo estrechamente circunscrito a las ciencias naturales a través de la relación biotopo-biocenosis. A los geógrafos les costó mucho admitir esta nueva noción que atraviesa (¿o quizá amenaza peligrosamente?) su demarcación sin aportar, al menos al principio y teniendo en cuenta la bibliografía conocida, nuevas concepciones en el estudio de los medios geográficos. Tanto más cuanto que Mayo del 68, por razones más políticas que científicas, consagró la ruptura entre la geografía humana y la geografía física. La hermosa idea de una geografía como pasarela entre la naturaleza y la sociedad había caducado. Otras disciplinas van a retomarla. Las ciencias sociales se plantean, por fin, la cuestión de la naturaleza. No sin precauciones ni reticencias. Y siempre lejos del paisaje.

En el movimiento de Mayo del 68, participé con entusiasmo en las investigaciones interdisciplinares sobre el medio ambiente, multiplicando las experiencias teóricas y prácticas (en particular, en los trabajos de campo, a través de excursiones y estancias comunes a varias disciplinas). Fui arrastrado lejos de mi disciplina, con todas las cautelas hacia sus representantes, pero sin romper nunca con ella y encontrando en ella sólidas especificidades. Más en las investigaciones biogeográficas, como las de Gabriel Rougerie, que en las geosistémicas. Más bien por el lado de las ciencias de la naturaleza que por el de las ciencias sociales. Más cerca del medio ambiente que de los paisajes. Con frecuencia, respondiendo a la demanda, desempeñaba el papel de representante de las ciencias sociales, ausentes, y sobre todo el de «historiador en servicios oficiales».

Durante la década de 1970 el medio ambiente quedó sobre todo acantonado en las ciencias naturales, en la botánica y en la zoología. Se trataba, pues, de una interdisciplinariedad restringida y sin implicaciones filosóficas ni epistemológicas, por ejemplo sobre la idea de *naturaleza*. El concepto de *geosistema* ampliamente abierto a la antropización representó un paso adelante, pero nunca pretendió desembocar en análisis social. El obstáculo epistemológico naturaleza-sociedad se mantenía. Sólo algunos etnólogos o antropólogos lo franqueaban con alguna facilidad porque trabajaban sobre las sociedades a las que entonces se llamaba «primitivas» o «tradicionales», es decir en contacto directo con una naturaleza poco artificializada pero cargada de símbolos. La aportación era considerable, pero su extensión siguió siendo difícil. En este tipo de estudios, el paisaje apenas es requerido.

Se consideraba que pertenecía a otro mundo: el del arte y la estética, al que el medio ambiente le es extraño. Todo ello me hizo dudar: la vía del paisaje parecía bloqueada.

4. *El paisaje, memoria de los terrazgos (1972)*

Invirtamos la problemática. Sigamos el camino inverso. Partamos de la sociedad y no de la naturaleza. Partamos del paisaje y no del medio ambiente o del geosistema. A través de la mirada y de las actividades humanas. Utilicemos los avances de la interdisciplinariedad y del medio ambiente, comprendido el geosistema, imponiendo el paisaje como principio teleológico. Puesto a prueba en este mestizaje todavía incierto, el paisaje se convierte en un posible intercesor entre sociedad y naturaleza. La parcela agrícola remite a la estructura agraria, a los sistemas de cultivo, a la cosecha y a las mentalidades, tanto como a la naturaleza del roquedo, y al clima, al tiempo que hace, que ha hecho o que hará.

A través del paisaje, la historia agraria confiere su profundidad humana al *bocage* en el que la cerca arbolada confirma el carácter mixto del sistema. Es entonces cuando el medio ambiente se inscribe en un territorio dado con su identidad y su patrimonio. ¿Se estaría, pues, produciendo en torno a los años setenta un resurgimiento tardío de una geografía regional, muy clásica, que se había quedado sin herederos? Hay referencias mucho peores que las que se puedan hacer a D. Faucher, R. Dion, P. Deffontaine, R. Blanchard o M. Sorre... Siendo yo historiador a título secundario, en particular como profesor agregado de la enseñanza secundaria, después como miembro del tribunal de la agregación de historia, nunca he perdido la memoria de los lugares y el ritmo de las estaciones. Es una historia revisitada la que me ha abierto nuevos y profundos horizontes sobre el paisaje. Faltaba la ocasión, faltaba ponerlo a prueba. El historiador Georges Duby deseaba que precediera a su libro sobre la *Historia de la Francia rural* un clásico «cuadro (*tableau*) geográfico» comparable al que había trazado Paul Vidal de la Blache para la *Historia de Francia* de Lavissee y de Rambaud. Duby buscaba un geógrafo, sin encontrarlo al principio. Me llamó un poco a ciegas, y sin duda yo no era su primera elección. Me encontraba redactando la tesis de doctorado y decliné su ofrecimiento, comentándole de paso que, si hubiera estado en condiciones de aceptar, habría llamado a mi trabajo *El imposible tableau geográfico*, para no «congelar el movimiento de la naturaleza y de la historia cuando se trataba precisamente de ponerlos en evidencia». Duby no tardó en responder: «Espero sus páginas en un mes». Cumplí el compromiso con prisas y

sin disponer de bibliografía, redactando una introducción muy general sobre «el espacio rural como realidad ecológica y creación humana», sin haber podido beneficiarme, desgraciadamente, del contacto con los demás historiadores de la obra y sus novedosas aportaciones. Ni siquiera nombraba el paisaje. De hecho, estaba por todas partes, como una filigrana, pero en una vacuidad metodológica y, sobre todo, flotando desde el punto de vista semántico. La ecología aparecía como la referencia dominante. Pero fue con motivo de este ejercicio, un poco forzado e improvisado, cuando tomé conciencia de que el paisaje podía convertirse eventualmente en una entidad total para comprender cómo las sociedades viven sus territorios.

La experiencia fue confirmada en 1976 cuando el arqueólogo J. Chevallier me propuso, en un coloquio publicado en la revista *Caesardunum* en 1978, que realizara una larga reflexión sobre la «arqueología del paisaje». Que yo sepa, es la primera vez que se utilizó esta expresión para situar las investigaciones arqueológicas en el seno a la vez de un proceder ecológico y paisajístico.

En la *Historia de la Francia rural* me atreví a escribir una observación un poco decepcionada y voluntariamente provocadora: «[...] el bosque sólo interesa a los historiadores cuando está roturado». Hubo algunas reacciones epidérmicas. Entre las repercusiones positivas, hay que hablar de la de D. Woronoff, historiador especialista de economía industrial y, más precisamente, de la metalurgia de la madera, que propuso la fundación, en colaboración con los historiadores, los forestales y los prehistoriadores, del Grupo de Historia de los Bosques Franceses. El grupo sigue activo en 2008, y se ha prodigado en iniciativas (coloquios, publicaciones, salidas de campo). Interdisciplinar — e incluso interprofesional (forestales, agrónomos, etc.) —, le corresponde el mérito de haber hecho evolucionar las ideas y los conocimientos sobre los espacios forestales franceses, sus múltiples usos y paisajes.

5. *El descubrimiento de las grandes montañas tropicales: del cambio de país al cambio de paisaje*¹³

A partir de los años setenta, y sobre todo gracias a O. Dollfus, varias misiones del CNRS me llevaron a recorrer algunas grandes montañas tropicales del Himalaya (Nepal) y de los Andes (Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela). Se trató de estancias breves, de uno o dos meses como máximo, consagradas a hacer grandes transectos (Nepal), a realizar estudios «estacionales» de varios días

¹³ En recuerdo de Olivier Dollfus y de nuestras acampadas paisajísticas.

(Perú) o a secuencias alternadas de enseñanzas y estudios sobre el terreno (Colombia, Venezuela).

Esos paisajes grandiosos y desconocidos me saltaron a los ojos. El cambio de lugar fue acompañado de cambio de paisaje, de «despaisajamiento», si se acepta este torpe neologismo. Una lectura inmediata, directa, viva, se imponía como necesidad previa a toda investigación. Más allá de esta evidencia, era indispensable abrir un debate sobre la oportunidad y la manera de dar cuenta científicamente del paisaje. En estos desplazamientos rápidos y análisis sumarios utilicé mucho el paisaje, pero sin ir hasta el final y proceder a una elaboración conceptual. Me mantuve en el seno de una geografía esencialmente naturalista, a la búsqueda de un eventual modelo ecológico de la montaña. El paisaje permanecía subyacente y lo «sensible» en el dominio del inconsciente.

Aun así, desde las primeras aproximaciones y comparaciones entre las montañas tropicales y las europeas, emergieron dos consideraciones, sólo aparentemente contradictorias: por una parte, todas las montañas del mundo presentan el mismo modelo de organización espacial y de funcionamiento (turbulencia general debida a los gradientes que modifican los flujos, efecto fachada, de frentes montañosos y de abrigo, organización en pisos, exposición y toposecuencias); por otra parte, cada macizo montañoso constituye un conjunto de paisaje poderosamente singular: único. Paradoja que expresé en 2006, a propósito del Cáucaso: «El Cáucaso es una montaña como las demás, que como toda montaña no se parece a ninguna otra». Pero en los años setenta di conscientemente prioridad al planteamiento clásico, racional, que consiste en buscar y hacer evidentes todos los rasgos que reúnen y unifican a la montaña en el seno de un mismo modelo. La generalización se imponía sobre la individualización. Se reconocía la diversidad que expresan más directamente los paisajes pero de forma subordinada. El análisis de paisaje, ampliamente utilizado, seguía siendo un medio más que un fin.

Eso fue lo que ocurrió con el esbozo geográfico de geofacias y geocomplejos en el valle medio de Chancay (Perú, Andes occidentales), realizado en colaboración con O. Dollfus y J. Hubschman. Llegados sin preparación previa a las comunidades indias quechuas que explotan una gran vertiente árida entre 1.400 y 6.000 metros de altitud, fuimos inmediatamente requeridos por un pequeño grupo de sociólogos y de agrónomos del CNRS y del INRA¹⁴, que nos pidieron que elaboráramos un «fondo

de mapa» para orientarse y para trasladar a él sus observaciones agronómicas y sociológicas. Urgidos por el requerimiento, dudamos sobre el tipo de documento que convenía y sobre el método de trabajo. A falta de mapas y de datos científicos precisos, optamos por partir de la propia experiencia de los indios quechuas, de la manera en que designan los diferentes medios que explotan a lo largo de la enorme vertiente. Esforzándonos por combinar algunas nociones de «espacio vivido» con nuestras propias referencias del terreno: *fondo* o *yunga*, oasis arborícola; *quechua*, entidad epónima esencial, lugar de las aldeas, de los cultivos regados; *suní*, campos de secano para pasto, ruinas precolombinas; *puna*, vertientes periglaciares débilmente pastoreadas; *janca*, altas crestas volcánicas. Este esquema interpretativo, elaborado en menos de una semana sobre el terreno, y completado después por fotointerpretación, procede directamente de una lectura global de los paisajes, combinada con una matriz interpretativa geosistémica. El carácter provisional e imperfecto de semejante cartografía no se le escapa a nadie. Pero para la ocasión constituyó una base de informaciones y de interacciones entre datos ecológicos y realidades socioculturales, lo que no siempre contienen los documentos sectoriales habituales.

El recorrido aún más rápido por los valles del Solu y del Khumbu (Nepal central, macizo del Everest), también con O. Dollfus y J. Hubschman, tampoco nos dio ocasión para hacer encuestas y tomar referencias precisas. Quedé deslumbrado y abrumado por el espectáculo de los paisajes, a medida que nos elevábamos, entre los bosques poderosos de *Abies spectabilis* y de rododendros gigantes, para alcanzar el país de los sherpas: el centro comercial de Namche Bazar, los pueblos, los grandes monasterios y después los pastos de yacks, por fin las lenguas glaciares que morían entre derrubios y morrenas, todo ello dominado por los *himals*, los más de 8.000 metros cubiertos de nieve y hielo. Espectáculo que el investigador razonable y razonador que soy no sabe traducir con palabras vulgares y todavía menos con conceptos. Estaba cada vez más convencido de que había que separar, a título provisional y para mayor claridad de la exposición, el concepto de *geosistema* y la noción de *paisaje*, y de que había que llevar a cabo dos análisis en paralelo. No sin soñar con que, quizá algún día, esos dos estudios paralelos se encontrarían en el infinito del paisaje. Para el país sherpa, la configuración metodológica considerada fue la siguiente:

- Un análisis geosistémico que tomara en cuenta la organización y el funcionamiento del medio natural (deglaciación generalizada), comprendido

¹⁴ Institut National de la Recherche Agronomique.

el impacto antrópico (degradación de los pastos y descenso del límite superior del bosque, cambios relacionados con los flujos turísticos).

- Un análisis de paisaje a partir del «espacio vivido» de las poblaciones sherpas y de los diferentes tipos de escaladores y turistas.

La aproximación de estos dos tipos de investigación permite analizar mejor los problemas ambientales que, desde la década de 1970, se plantearon en esta región en plena mutación bioclimática y social, económica y cultural. Para combinar ambas aproximaciones, utilizo, con los estudiantes, el símbolo del yeti. Aunque en el análisis de las geofacies y de los geocomplejos del valle de Khumbu no haya, evidentemente, ninguna huella del yeti, no por ello deja de existir en la «realidad» mítica y simbólica de los sherpas. Negarlo sería un error científico. El yeti, ausente, obviamente, del geosistema, forma parte del espacio vivido, por tanto del paisaje del *himal*, ese «dominio de los dioses», colocado bajo el dominio de Chomolunga y de Sagarmatha, la diosa madre, que llamamos Everest. «Mi montaña es una abuela pájaro y las otras montañas son los pajarillos que protege con sus alas» (Tensing Norgay, vencedor del Everest con E. Hillary, *Le Monde*, 30 de mayo de 2003).

En otras cortas experiencias en montañas tropicales muy diferentes (plantaciones ajardinadas de Chinchiná, en la cordillera central colombiana, deforestaciones salvajes del piedemonte andino de Ticoporo [Orinoco, Venezuela]), me tuve que enfrentar no sólo con mi desconocimiento de estos medios, sino, sobre todo, con la manera en que las sociedades presentes perciben y viven sus paisajes. Siempre con un déficit de método.

6. Una «máquina redonda» que ya no gira. *El imposible aggiornamento de la geografía física (1975)*

Un itinerario científico está también hecho de vueltas atrás y de decepciones algo nostálgicas. Desde los años sesenta, la geografía física francesa, excepción hecha de algunos investigadores más abiertos, como J. Tricart, G. Rougerie, P. Rognon, etc., sufría pérdida de ideas y de métodos. La geomorfología clásica, siempre dominante, a veces exclusiva, brillaba con sus últimas luces, entre las que la tesis de R. Coque sobre la Tunicia presahárica constituyó una de las manifestaciones más brillantes. Mal percibida, incluso ignorada por la comunidad científica, la geografía física era, además, duramente criticada puertas adentro por los defensores de una «nueva geografía social» que habían sido influidos por Mayo del 68.

Determinados geógrafos «humanos», lanzados en una deriva economicista con tintes de marxismo primario, rechazaban la influencia de la naturaleza y las contingencias naturales sobre la sociedad... ¡en nombre de la libertad y del progreso de la humanidad! ¡Menudo error de prospectiva! El paisaje, que todavía no estaba sensibilizado por el empuje ecológico y por las primeras manifestaciones medioambientales (a decir verdad, todavía muy naturalistas) y que hasta entonces había sido sobre todo invocado por la geografía regional, desapareció del horizonte geográfico por bastante tiempo.

Eminentes geógrafos «físicos» fundaron entonces una llamada Asociación Francesa de Geografía Física, calificada por los más irónicos como «asociación en defensa de la geografía física francesa», por lo que tenía de expresión de la evidencia del repliegue y del cierre corporativista. Ese grupo decidió producir una especie de manifiesto bajo la forma de un manual (¿de supervivencia?), recogiendo el estado de los conocimientos y destinado a proponer, si no una metodología, al menos una visión de conjunto de una subdisciplina estallada. La iniciativa era oportuna y el proyecto fue rápidamente pergeñado. Me invitaron repetidas veces a participar, no sin ciertas reticencias por parte de los geomorfólogos parisinos de estricta obediencia. Una de las primeras hipótesis, al menos la que retuvo de entrada mi atención, era considerar el mundo como una «máquina redonda» y ver cómo y por qué giraba. Desde el principio giró mal, y más tarde en absoluto, como resultado de una falta de reflexión epistemológica y por no abrirse a otras ciencias. Esos geomorfólogos eran incapaces de hacer algo nuevo con viejas recetas, las de sus maestros E. de Martonne y P. Birot. Ignoraban, o fingían ignorar, que existían otras «máquinas redondas» que giraban más o menos bien: primero, el ecosistema capaz de estructurar y de dinamizar el mundo vivo y, más cerca de sus concepciones geográficas, el geosistema que podrían al menos haber ensayado, aunque fuera para criticarlo. Demasiado cercano, demasiado «literario» en su concepción geográfica tradicional, el paisaje no es que desapareciera, pero sí que perdió nitidez, como si no se tratara más que de un decorado lejano.

Fue mucho más que una ocasión perdida. Veo en ello, con pena, el último sobresalto de una ciencia sin herederos. El fin de un sueño demasiado disciplinar y demasiado académico. Me alejé del proyecto, sin olvidar la propia geomorfología. Se me hizo cada vez más difícil participar en una enseñanza superada, en concreto en lo que se refería a los programas de los concursos de agregación de geografía e historia de secundaria. Como miembro de un tribunal de agregación de historia (1972-1975), me

esforcé, junto con R. Brunet y Ph. Joutard, por modificar el sacrosanto ejercicio del comentario del mapa topográfico (¡con corte geológico obligatorio!). A pesar de que el intento fue bien acogido por los historiadores, los viejos «caimanes»¹⁵ defendieron su «charca» geográfica en vía de extinción. Decepción que me llevó a volver al terreno. Con el paisaje como único horizonte.

7. *El Sidobre y el esbozo monográfico de una «ciencia del paisaje» (1955-1978)*

Nunca he dejado de recorrer el Sidobre, el lugar mítico de juego de mi juventud. Desde 1955 he visto evolucionar a su sociedad cada vez más especializada en el artesanado granítico, y también sus paisajes rurales, cada vez más abandonados o afectados por las aperturas de canteras y la implantación desordenada de canterías. En 1970, el Bureau de Paysages del Ministerio de Cultura (el Ministerio de Medio Ambiente no fue creado hasta 1971) encargó al CIMA un estudio sobre el estado de las múltiples rocas y caos graníticos catalogados o inscritos en el Inventario de Sitios Pintorescos de Francia. El encargo fue formulado en términos muy vagos, con total ignorancia de la situación local, sobre todo en los aspectos económico y social. De hecho, se nos pedía un simple inventario fotográfico ampliado con algunos comentarios estéticos, sin que hubiera verdaderamente un proyecto de protección y de ordenación. En un trabajo colectivo e interdisciplinar de todo el equipo del CIMA-CNRS, elaboramos en 1974 un estudio monográfico centrado en la evolución de los paisajes amenazados por una explotación granítica en plena expansión y por el abandono de toda actividad agrícola. El estudio se apoyaba en un atlas de mapas temáticos (localización de las canteras y de las fábricas, contaminaciones y deterioros, localización de los modelados y de las calidades geológicas de los diferentes granitos, estado de la vegetación, frecuentación turística, etc.).

La publicación de este estudio en 1978 fue precedida de una larga introducción teórica y metodológica llamada «El paisaje entre naturaleza y sociedad». Se trataba de la redacción de un primer manifiesto. Se consideraba el paisaje como un complejo a la vez natural y social, material e inmaterial, al tiempo realidad económica inevitable y construcción cultural. Se resolvía un obstáculo semántico, se proponía un procedimiento teórico, se esbozaba un método, basado en una concepción monográfica. El paisaje



FIG. 9. Fenómeno de erosión en el Sidobre: Le Rocher de Verdier. [Foto: Patrick Urbano]

era presentado como un posible objeto de estudio, a la vez geográfico e interdisciplinar. Volvimos a hablar entre nosotros, en nuestros seminarios, de una siempre hipotética «ciencia del paisaje» que asimilábamos cada vez más con las «ciencias diagonales» propuestas por R. Caillois. Se propuso llevar a cabo un coloquio nacional en Toulouse en 1980. Se consumaba, pues, la apertura epistemológica, se reconocía la puesta a punto conceptual y metodológica que no dejó de suscitar debate. Quedaba todavía la tarea de convencer..., empezando por nosotros mismos, de la viabilidad de la empresa. Había que evitar que el paisaje fuera una ocasión perdida..., sobre todo para los geógrafos. En el curso del debate, la relación tradicional entre naturaleza y sociedad se convirtió, de forma más racional, en relación naturaleza-cultura. La dimensión cultural, que no se limita a las representaciones, ocupa su lugar en la problemática del paisaje. El paisaje entraba por fin en sociedad. Por una puerta apenas entreabierta.

8. *Lo natural de los territorios entre geosistema y ecosistema (1975-1990)*

¿Cómo dar cuenta de esta naturaleza que nos rodea y nos penetra? Las tergiversaciones disciplinares y también interdisciplinares me hacían perder mis puntos de referencia. La ampliación y la diversificación de mis experiencias de campo (América del Sur, España, Marruecos, Europa central, Japón) me suministraban elementos parciales reforzados, aunque no organizados, por la lectura de publicaciones internacionales sobre el medio ambiente. Mi estatuto de geógrafo «físico», cada vez más incierto, me relegaba a la marginalidad entre natural y social, en los remolinos de una interdisciplinariedad que estorba las relaciones entre disciplinas, sin conseguir arreglarlas. Había que imaginar nuevas configuraciones.

¹⁵ En el argot de los concursos franceses, se llama *caimanes* a los repetidores de la agregación en la Escuela Normal Superior. [N. de la T.]

En 1980 me invitaron a participar en el Comité de Evaluación de la Ecología Francesa, presidido por F. di Castri. A partir de la publicación de los *Fundamentals of Ecology* de los hermanos Odum (1960), y, en concreto en Francia en el curso de la década de 1970, esta nueva disciplina transversal, organizada en torno al concepto de *ecosistema*, se había convertido para mí en «la» referencia epistemológica y metodológica. Sin embargo, a lo largo del ejercicio de evaluación, que se hizo sin contemplaciones, advertí ciertas lagunas y limitaciones en una disciplina que seguía considerando triunfante y dominadora. Eran éstas:

- escaso interés por la antropización considerada como exterior al concepto estrictamente naturalista de «ecosistema»;
- negligencia evidente hacia los cambios de escala, tanto en el espacio como en el tiempo, que no permitía inscribir la dinámica ecológica ni en el territorio ni en la historia humana y social;
- una gran dispersión y una interdisciplinariedad mediocre, tanto interna como externa, de los programas de investigación;
- un peso excesivo de la biología, sobre todo de la molecular, y una modelización indispensable, pero también demasiado simplificadora, de situaciones siempre más complejas;
- la debilidad de los diferentes sistemas de formación para la investigación y la enseñanza;
- el desinterés por el paisaje, incluso cuando se reduce a sus simples elementos naturales.

Saqué de ello varias enseñanzas, contradictorias, de alcance general:

- una única disciplina, transversal y totalizadora, por muy organizada en sistema que esté, es incapaz, por sí misma, de abarcar el conjunto de la temática a caballo entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la sociedad;
- sin embargo, un concepto centralizador, como el de *ecosistema*, constituye una referencia de principio indispensable, aunque por naturaleza sea reductor, y aunque no siempre sea usado sobre el terreno o en un protocolo científico (lo que los geógrafos no siempre comprendieron, o no siempre quisieron comprender, en relación con el geosistema);
- la ecología científica, dominada explícita o implícitamente por un pensamiento biológico, nunca está a resguardo de derivar, de forma más o menos consciente, en ciertas formas aventureras de bio-

logismo. Con resabios deterministas que pueden comprometer toda aproximación hacia las ciencias humanas y sociales.

No por ello es menos cierto que la ecología es la referencia científica inevitable y que no se pueden ignorar sus prolongaciones y/o sus acompañamientos ideológicos, que se difunden de forma cada vez más amplia en la vida política y social, cultural y económica. Lo que ni ocurre, ni ha ocurrido, con la geografía.

Durante este mismo periodo tuve ocasión de poner a prueba el concepto de *geosistema*, tanto sobre el terreno como en la enseñanza. El encuentro con N. Beroutchavili fue particularmente enriquecedor. Conocedor de la tradición alemana de la *Landschaftskunde* y de la tradición rusa, después soviética, de la *Landsaftovédenie*, sobre todo de los trabajos experimentales de la estación de Martkopi (Georgia), me abrió nuevos horizontes sobre el análisis temporal (los «estados» del geosistema y sus sucesiones), mientras que, por mi parte, le invité a tomar en cuenta la antropización y la socialización de los medios «naturales». Abordaba la cuestión del paisaje, pero le suscitaba muchos recelos, más ideológicos que científicos. La ruptura, siempre ideológica, que separaba naturaleza y sociedad en la geografía soviética (no me atrevo a calificarla de marxista) no sólo me ratificó en la definición tripolar del geosistema (abiótico-biótico-antrópico), sino que me llevó a plantear conceptos híbridos que desembocaron en el estudio del paisaje. Lejos de los geógrafos que se interesaban por estas cuestiones, con la excepción notable de G. Rougerie.

Tuve aún algunas escaramuzas con determinados geógrafos «físicos» y también tuve que escribir varios artículos, que algunos juzgaron panfletarios, en los que proponía una nueva teoría de la geografía física abierta a la ecología, el medio ambiente y el paisaje («La geografía física contra la naturaleza», 1978, y «Construir la geografía física», 1982, *Géodoc*, Instituto de Geografía de Toulouse). La publicación que lleva el título de «Territorializar el medio ambiente» (*Géoforum*, 1992) constituye un llamamiento dirigido a los geógrafos para poner en valor sus trabajos sobre el territorio y colaborar con otras disciplinas. Quizá por primera vez, suscitó una atención colectiva de los geógrafos llamados *sociales*.

9. *El elemento y el sistema: ¿qué tipo de diálogo entre la parte y el todo?» (E. Morin)? (1975-1985)*

Con relación a los análisis sectoriales clásicos, los objetos cambian de estatuto cuando son reconocidos

como elementos de un sistema que los engloba y les influye, si es que no les obliga. El bosque no puede tapar al árbol, y viceversa. La integración metodológica no es automática. El terreno y la vía monográfica preceden, en este caso, a la teoría y a la generalización. Un número especial de la *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest* (1986, 57-2) reunió los trabajos surgidos de los programas 1975-1985 del CIMA-CNRS: el vegetal y la vegetación en los paisajes pirenaico-cantábricos como resultado de la antropización (Cl. y G. Bertrand, y J.-P. Métaillé); el lastón ramoso como indicador antrópico de la evolución de las solanas pastoriles en los Pirineos del Ariège (J. Vabre); la estrategia de las aves que anidan en las geofacias forestales de Grésigne (B. Alet); el comportamiento de la abeja y la cartografía de las producciones de miel en la montaña media del Ariège (G. Briane), etc. Esta dialéctica entre un sistema territorializado y cualquiera de sus elementos constitutivos es una buena aproximación a la complejidad y, sobre todo, a la diversidad del geosistema, concepto que quedó así consolidado. Todas estas investigaciones seguían siendo esencialmente naturalistas. Pero su problemática general (complejidad, diversidad, individualización, temporalidad) constituía una introducción teórica al estudio del sistema de paisaje.

IV. EL PAISAJE EN LA SOCIEDAD (1980-2008)

La transición, extendida a lo largo de medio siglo, entre «un paisaje en la naturaleza» y un «paisaje entre naturaleza y sociedad», para llegar, por último, a un «paisaje en la sociedad» tiene la apariencia, engañosa, de un deslizamiento lento, progresivo, evidente, unívoco sobre una trayectoria lisa y como si estuviera preconcebida. Pero esta impresión no es más que una construcción a posteriori, más epistemológica que histórica, que trata de poner un poco de orden y de cronología en una búsqueda tan incierta como agitada. Una vez superada la geografía física clásica, con sus peleas, mi atracción se repartió por mucho tiempo entre el medio ambiente y el paisaje, dentro de una gran incertidumbre interdisciplinar. La mayor parte de las veces en una alternancia confusa y, en gran medida, ligada a las circunstancias. En una ambivalencia, no desprovista de ambigüedad, con un doble problema de competencia. Por un lado, el medio ambiente, que hasta los años noventa siguió siendo esencialmente ecológico, y, por otro, un paisaje que seguía vacilando en liberarse de un esteticismo restrictivo. Dos caminos separados, epistemológica y metodológicamente poco seguros, difi-

ciles de conciliar simultáneamente, entre los que sólo había algunas pasarelas tan frágiles como discutibles. Todo ello fue la causa de que frecuentara dos comunidades científicas diferentes que, sin ignorarse enteramente, funcionaban por separado y se mantenían ideológicamente incompatibles. ¡Y eso cuando yo lo que buscaba era una convergencia, que no fuera solamente un compromiso circunstancial para poder presentarse a una convocatoria de programas de investigación! ¡Siempre con la utopía de un paradigma!

1. El auge de la interdisciplinariedad ambiental y la emergencia de una problemática social (1980-1990)

La década de 1980 fue decisiva. La sociedad y la política, las mentalidades y los comportamientos socioculturales evolucionaron. Se movió todo lo que se refería a la investigación entendida en sentido amplio, desde las ciencias duras a las disciplinas artísticas, desde las ciencias fundamentales a las ciencias de la ingeniería. Se invitó a los investigadores a que reflexionaran sobre su papel en la sociedad (*Assises de la Investigación*, 1983, Gran Coloquio de Prospectiva, 1990). Se hicieron explícitas las preocupaciones sociales. Se fomentó la interdisciplinariedad. Se solicitó que concurriera el medio ambiente. El paisaje se convirtió entonces en una preocupación para la ordenación de jardines y ciudades. Con mucho optimismo se puede ver en ello el resultado de muchos años de esfuerzos para conceptualizar y divulgar. En realidad, las cosas no eran tan simples. En su momento, lo que yo percibí fue la manifestación, científicamente explícita, de un malestar general de la sociedad en sus relaciones, materiales e inmateriales, con su medio de vida. Partiendo de la naturaleza amenazada de J. Dorst se pasó a la crisis ecológica de la sociedad de R. Dumont, y después a la globalización ambiental del Club de Roma y, pronto, a la Conferencia de Río. Cada vez me encontraba más convencido de que la naturaleza y el paisaje están relacionados en el seno de un mismo territorio, aunque los avatares del positivismo histórico los hubieran separado. Opinión que fue acogida con circunspección por los investigadores «ambientalistas» (ecólogos, agrónomos, geógrafos) y rechazada, a veces con dureza, por los defensores de un paisaje puro pero blando.

Durante este periodo, rico en iniciativas y en novedades, tuve la suerte de formar parte de un largo número de comités, de comisiones y de organismos, que, tras la extraordinaria apertura de espíritu del comité Espacio y Marco de Vida (1974-1975), me iba a permitir participar en una reflexión sostenida sobre la interdisciplinariedad

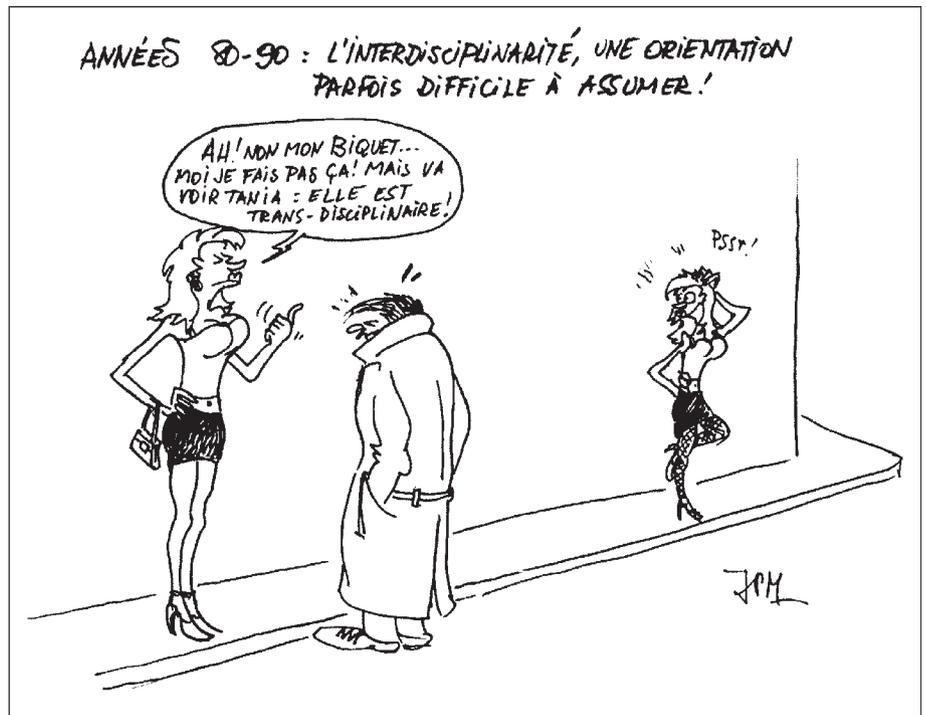


FIG. 10. AÑOS 80-90: LA INTERDISCIPLINARIEDAD, ¿UNA ORIENTACIÓN A VECES DIFÍCIL DE ASUMIR! Leyenda: «¿Qué no, chato! Yo no hago esas cosas... Vete a ver a Tania, ¡ella es transdisciplinar!». [Dibujo de J. P. Métaillié]

y sobre el medio ambiente. De los diversos comités, colocados bajo la égida de la DGRST (Delegación General para la Investigación Científica y Técnica), retengo en particular el comité DMDR (Diversificación de Modelos de Desarrollo Rural) (1983-1986). Supuso un inolvidable encuentro entre especialistas de diferentes campos hasta entonces poco habituados a intercambiar sus conocimientos y métodos (agrónomos, sociólogos, economistas, biólogos, geógrafos), que tenían una gran curiosidad intelectual, cuyas discusiones, a veces fuertes, se prolongaban en el bar de la esquina. Los agrónomos del SAD-INRA desempeñaban el papel de animadores. Yo aparecía, no sin cierta confusión, como representante de las ciencias humanas. Los organizadores habían reclamado con insistencia que estas últimas estuvieran presentes, pero tuvieron muchas dificultades para acoplarse a las indispensables exigencias científicas y para participar en los protocolos experimentales. Es la primera vez que se me plantea, en términos científicos, la cuestión de la diversidad ecológica y, sobre todo, que la indispensable diversificación de las técnicas y de las prácticas agrícolas tiene necesariamente que repercutir sobre la diversidad de los paisajes. No me parece que los conceptos científicos de *ecosistema* o de *geosistema* puedan responder a estas cuestiones. De donde surge la idea de una referen-

cia pluridimensional que será la que dé lugar en 1990 al GTP (geosistema-territorio-paisaje).

El comité DMDR lanzó, entre otros, un programa consagrado a la ganadería en los Pirineos. Se lo encargó al INRA-Toulouse y al CIMA-CNRS, en colaboración con la Cámara Regional de Agricultura de Midi-Pyrénées. Fue para los participantes, mezcladas todas las disciplinas, en ocasiones reunidos en una minúscula casa rural, un momento, primero, de convivencia más o menos gastronómica (sopa de ortigas preparada por J.-P. Métaillié), después, de interdisciplinariedad vivida en el trabajo de campo, a veces conflictiva, pero siempre enriquecedora. En esta etapa práctica, la interdisciplinariedad es a la vez un asunto de mujeres y de hombres y también de disciplinas. En el curso de múltiples reuniones, los investigadores proponen un método de trabajo que hace alternar fases monodisciplinares (momentos específicos de investigación, recogida de información) y fases interdisciplinares (puesta en común de resultados, armonización de ritmos de investigación, publicaciones comunes). Bajo el impulso de Mme. Barrué-Pastor, sociogeógrafa del CIMA-CNRS, el encargo se prolongó a través de un programa original de «investigación aplicada» sobre «la construcción de los edificios ganaderos en montaña», en la comarca del Luchonnais, en colaboración con la



FIG. 11. HAY QUE SACAR AL PAISAJE DEL JARDÍN. Leyenda: «Qu'es buono aquero... hierbo». [Dibujo J. P. Métaillé]

Escuela de Arquitectura de Toulouse. En ambos casos, el paisaje fue directamente tomado en consideración. Incluso se convirtió en esencial, y motivo de conflicto, con la edificación de granjas-establo en los pueblos que tenían monumentos catalogados en el Inventarios de Sitios Pintorescos.

Fui también convocado por el SRETIE (Servicio de la Investigación, de Estudios y del Tratamiento de la Información sobre el Medio Ambiente), del Ministerio de Medio Ambiente, para realizar un estudio sobre las formaciones curriculares referidas al medio ambiente y, en su caso, al paisaje en Francia. En esta tarea comprobé que las ciencias humanas (historia, etnología, antropología y geografía) tenían un lugar en la medida en que establecieran buenas comunicaciones con las ciencias de la naturaleza (sobre todo, los etnólogos que lograban relacionar bien ecosistemas y ciencias sociales).

En suma, por todas partes crecía la demanda de medio ambiente y de interdisciplinariedad. Pero ni el lenguaje ni los conceptos fueron a la par, y menos aún los métodos. En el campo prevalecía más bien una «yuxtadisciplinariedad», con mejor o peor voluntad, que se descomponía en el momento de la redacción final. Además, rara vez consiguieron los estudios franquear el cabo de las consideraciones monográficas no generalizables. ¿Significaba esto que había que volver, cautelosamente, a las viejas prácticas disciplinares? ¿Desde luego que no! Antes bien, la relación disciplina-interdisciplina debía ser reevaluada en beneficio de una aportación disciplinar a condición de plantearse como parte de un todo.

Me alejé por un tiempo de la investigación básica (fui rector de la universidad, tuve diversas responsabilidades administrativas, fui animador de prospectiva en la DATAR), al mismo tiempo que me orientaba hacia trabajos

más operativos relacionados con la ordenación del territorio. Fue en esta nueva configuración, más pragmática, cuando recuperé una cierta confianza en mi disciplina de origen, que reunía las fuerzas que le confería la «nueva geografía»..., a la que sólo le faltaba una dimensión «naturalista» y paisajística.

2. Hacia una geografía ambiental postinterdisciplinar: el sistema GTP (geosistema-paisaje-territorio) (1988-1990)

Los ricos ágapes interdisciplinares de las décadas de 1980 y 1990 me abrieron más el apetito sin calmarme el hambre. Al contrario, aumentaron y suscitaban nuevas ambiciones. Como muchos otros investigadores llegados de diversos horizontes, creí encontrar una llave universal que abría todas las puertas. Perdí de vista que la interdisciplinariedad sólo se puede construir a partir de materiales disciplinares y que cada investigador se mantiene en gran medida tributario de su propia cultura y de sus competencias disciplinares. Lo que me parece hoy una evidencia me atormentó durante varios años al acercarme al medio ambiente y, sobre todo, al paisaje. Ya en 1988, una mesa redonda interdisciplinar consagrada a una muy improbable ciencia del paisaje organizada en la Universidad de Toulouse-Le Mirail por el CIMA-CNRS subrayó a un tiempo los límites del ejercicio y la fecundidad de los diferentes aspectos científicos. Por una parte, se reconocía el vínculo entre lo natural y lo cultural, que sobrepasaba a las disciplinas y quizá a toda la investigación clásica, y, por otra, se admitía que no funcionaba.

La principal enseñanza consistió en reconocer que, si bien la interdisciplinariedad constituye un momento privilegiado de la investigación, no por ello deja de ser

superable. Desde los años 1987-1989 consideré que se abría para mí un nuevo periodo de investigación que yo calificué entonces, de forma un poco abrupta, como «postinterdisciplinar», a pesar de las numerosas críticas que recibí procedentes de investigadores que me eran próximos y que me reprochaban ir demasiado deprisa y «serrar la rama sobre la que estaba sentado».

Frente a esa nebulosa ambiental y paisajística que se hinchaba para luego dispersarse, inasible desde un punto de vista interdisciplinar, me pareció indispensable proponer, como adelanto disciplinar, una línea de análisis construida, totalizadora, sistémica. Trataba de evitar, a priori, un doble obstáculo: por una parte, la ruptura naturaleza-cultura; por otra, el carácter unívoco de una conceptualización de tipo ecosistémico. La hipótesis retenida, de esencia geográfica, fue la de asociar ambiente y paisaje en el territorio, en el seno de un mismo concepto y de un mismo método.

El sistema GTP (geosistema-territorio-paisaje), ensayado durante varios años sobre problemáticas y terrenos distintos (suroeste del Macizo Central, Pirineos, Landas, Cataluña española), fue presentado con motivo del gran coloquio de prospectiva organizado en 1990 en París. Después ha sido objeto de varias publicaciones y discusiones dentro y fuera de la geografía. Sólo señalo aquí los principios fundadores:

- Es un concepto globalizador y centralizador fundado en la teoría sistémica y en la práctica del análisis de sistemas tal como lo entienden los constructores de modelos de los años ochenta y noventa (coloquio CNRS de Lyon, 1984). Se apoya en los trabajos de los lingüistas (Ch. Piaget) y de los matemáticos-informáticos (J.-C. Lemoigne).
- Es un concepto territorial organizado en función de las escalas de tiempo y espacio. Define «estados» en sucesión fenológica (tiempo «circular») o plurianual (tiempo largo de los historiadores). Las temporalidades están territorializadas (¿hacia un concepto espacio tiempo?).

Para dar cuenta, lo mejor posible, de la complejidad y de la diversidad del medio ambiente, se descompone en tres polos, tres líneas de trabajos y tres conceptos:

- el medio ambiente como fuente (*source*) «natural», más o menos antropizado: es el concepto de «geosistema»;
- el medio ambiente como recurso (*ressource*) socioeconómico: es el concepto de «territorio»;

- el medio ambiente como *ressourcement*¹⁶ cultural: es la noción de «paisaje».

Son tres entradas de un mismo sistema, indivisible, que se tratan, pues, bajo todos los ángulos y con distintas finalidades sin separación artificial, sin jerarquía preconcebida, en función de las problemáticas abordadas. El paisaje no es algo que se reparta de forma preestablecida¹⁷. En el caso del Sidobre, es el paisaje el que se encuentra en el corazón del debate; en el valle de Chancay, en Perú, es el territorio vivido por las comunidades indias quechuas; en las solanas de Ariège, en el Pirineo central, es el geosistema con toda su dimensión humana y paisajística.

El sistema GTP no tiene la pretensión de recubrir la totalidad, inasible, del medio ambiente. Se limita a ser una manera de ordenar y de formalizar elementos considerados habitualmente como pertenecientes a dominios diferentes, incluso heterogéneos. Es un esfuerzo de legibilidad basado en la «geograficidad» de un territorio. Al proponer tres componentes híbridos, se resuelve tanto la ruptura entre naturaleza y cultura como la ruptura entre material e ideal. Más que ser una simple aproximación, logra una unificación conceptual y metodológica en el interior de un mismo sistema, al tiempo que preserva su diversidad. Recupera la complejidad original de las cosas (la «base», en el planteamiento de E. Morin)..., incluido el paisaje.

3. La improbable transferencia pedagógica (1986-1991)

La emergencia de la cuestión ambiental, y, en segundo lugar, de la del paisaje, en el conjunto de la sociedad, planteó abruptamente un problema de adaptación a un sistema educativo siempre renuente a las innovaciones. Los profesores de historia y geografía de enseñanza se-

¹⁶ El autor hace aquí un juego de palabras intraducible, *source*, *ressource*, *ressourcement*. En el concepto y método del geosistema, la percepción y la función de uso es la del «curso», la fuente, el manantial. En el concepto de *territorio*, estaríamos ante una percepción y un uso de «recurso». Finalmente, en la entrada paisajística, cuando el proceso dominante es el de *artialisiation* o «artialización», la conversión en arte, usando el neologismo propuesto por Alain Roger en 1978, que ya se ha comentado en la nota 3 de las palabras preliminares, entonces la percepción es la de *ressourcement*, con lo que el autor alude a un retorno a las fuentes profundas y a los símbolos que subyacen a nuestros pensamientos y a nuestros actos, confiriéndole así un valor ético y espiritual. Agradezco al autor la interpretación y la autorización para no traducir este juego de palabras. [N. de la T.]

¹⁷ «Le paysage n'est pas un melon que l'on découpe en tranches à la Sully-Prudhomme!» Ésta es la expresión del texto original, que he preferido no intentar traducir por otra metáfora. Alude de forma humorística a un texto de ese autor (poco científico) que asegura que el melón tendría por su naturaleza rajadas por estar destinado a ser partido de esta forma y comido en familia. Agradezco al autor la aclaración. [N. de la T.]

cundaria, mucho más historiadores que geógrafos y en absoluto naturalistas, se alarmaron por la distancia creciente entre una producción científica cada vez más especializada, diversa y dispersa en geografía física, y la puesta en marcha, más ambiciosa que realista, de nuevos programas que se esforzaban por darles una coloración ambiental y paisajística a contenidos mal centrados. La investigación en geografía humana, por su parte, movilizaba por lo cuantitativo y los coremas, no respondía en absoluto a esta cuestión, la negaba o al menos la minimizaba.

La Inspección General, responsable de los programas pedagógicos, puso en marcha varias comisiones de reflexión y de revisión, no sólo sobre los contenidos, sino también, en primer lugar, sobre su orientación general. Por esta razón, participé de la forma más activa posible en la Comisión Joutard (1989), la Comisión Desplanques (1992) y la Comisión Giolitto (1993). El Coloquio de Amiens de 1991 constituyó un buen estado de la cuestión, aunque algunos pedagogos tuvieron muchas dificultades para abandonar contenidos y prácticas que les eran familiares (la capacidad de formación del relieve de cuevas y del corte geológico tenía todavía sus partidarios). Las asociaciones de geógrafos multiplicaron los debates y las proposiciones innovadoras con toda su buena voluntad, pero se tropezaron con las lagunas de formación, tanto las de profesores como las de alumnos. Por ejemplo, ¿cómo enseñar el medio ambiente sin poseer unos rudimentos de conocimiento biológico, y cómo enseñar el paisaje sin algunas referencias literarias y artísticas? La muy pedagógica «charca de ranas» de los naturalistas no es el primer eslabón del paisaje.

De hecho, la ruptura no afectaba sólo a contenidos y métodos. Las diferentes reformas propuestas a menudo no eran más que revestimientos rápidos, complicados y, con frecuencia, muy verborreicos, en los que casi sólo se jugaba con las palabras. El uso inconsecuente de las palabras «ecosistema» y, sobre todo, «geosistema» no aporta nada nuevo para organizar otra manera de pensar el mundo (R. Sourp y Ch. Vergnolle). En cuanto a la palabra «paisaje», se extendió como una forma de tatar aspectos miserables. Participé en poner en marcha currículos en el aula y sobre el terreno. Con un entusiasmo recíproco..., pero sin demasiado futuro. Los profesores de primaria, menos encorsetados por una disciplina, con menores obligaciones en los programas, mejor formados en métodos activos, resultaron mucho más receptivos y capaces de asegurar una recomposición de los saberes. Manifestaron un gran interés por el paisaje, del que valoraban su carácter concreto y global, jugando con el doble registro de lo ecológico y lo artístico.

No cabe duda de que la enseñanza del medio ambiente y del paisaje reclamaba una interdisciplinariedad pedagógica. Sin embargo, apenas estaba empezando a funcionar en la enseñanza superior, en los terceros ciclos. Admito que hubo excepciones, numerosas, variadas, apasionantes. Pero no se reforma con excepciones un sistema pedagógico del que hay que remover las escorias y que, por ello, carece de salidas profesionales, por tanto de interés práctico para los estudiantes. Ocasión perdida una vez más para la geografía, al menos no aprovechada.

4. Apogeo de la interdisciplinariedad institucional (década de 1990): la política de los PIR (CNRS)

«Ahora ya se reconoce el medio ambiente», afirmaba el Ministerio correspondiente en una obra de síntesis que rendía cuentas sobre diez años de investigación en Francia, y que llevaba un título innovador: *El medio ambiente, cuestión social* (1990). Que yo sepa, es la primera vez que se reconoce institucionalmente la dimensión humana y que se prolonga oficialmente la ecología en el campo económico y social. Se trata de la culminación de un largo combate científico que afecta a todo el planeta y en el que Francia no siempre estuvo en primera línea. Pero, sin embargo, es de justicia reconocer la política de los PIR (programas interdisciplinares de investigación), que puso en marcha el CNRS, y el papel pionero que tuvieron en ellos investigadores como Alain Ruellan.

Tuve la oportunidad de beneficiarme de una experiencia excepcional al asumir durante cinco años (1992-1998) la presidencia del Comité de Programa del PIREVS (Programa Interdisciplinar de Investigación sobre el Medio Ambiente, la Vida y la Sociedad). Las diferentes convocatorias de programas y proyectos realizadas por grupos de trabajo ad hoc llegaron prácticamente a todos los equipos de investigación franceses, incluidos los de ciencias humanas y sociales. La interdisciplinariedad era la piedra angular de esas convocatorias. En 1998, al hacer un primer balance, me esforcé, sin la suficiente perspectiva, por sacar algunas conclusiones metodológicas:

- El medio ambiente, que nunca había pretendido ser una ciencia, aparecía como un campo de investigación original, innovador, indispensable, susceptible de movilizar a todas las ciencias, fundamentales y aplicadas.
- Aunque el objetivo social se afirmaba teóricamente, la práctica fue muy decepcionante. Por ejemplo, los hechos humanos y sociales eran considerados la mayoría de las veces por integración

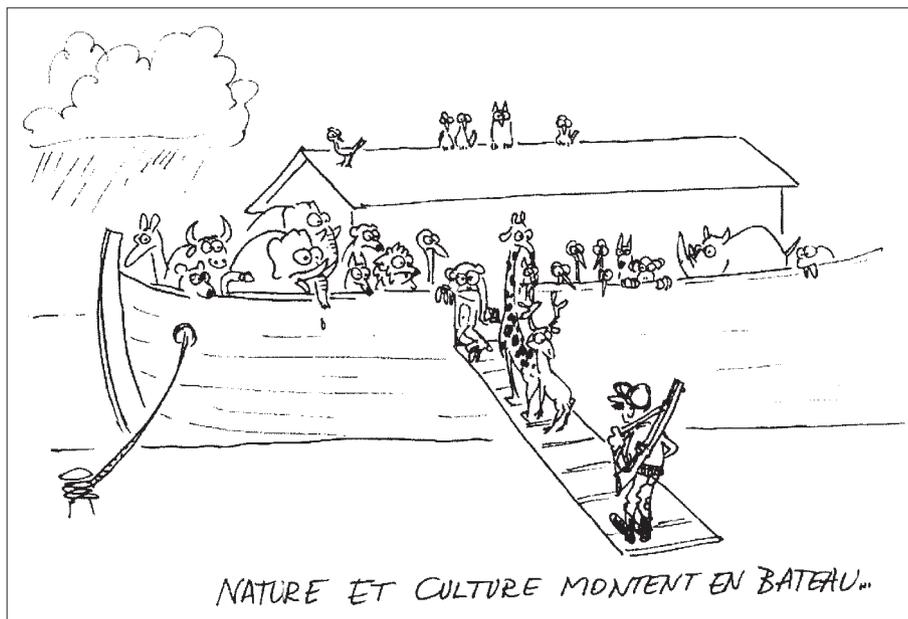


FIG. 12. NATURALEZA Y CULTURA SUBEN AL BARCO. [Dibujo de J. P. Métaillé]

remontante a partir de problemáticas, de conceptos y de métodos propuestos, cuando no implícitamente impuestos, por las ciencias biológicas.

- Aunque la investigación sobre el medio ambiente estuviera indisolublemente ligada a la interdisciplinariedad, la realidad es que ésta no se alcanzó. Rara vez fueron tratadas desde un punto de vista metodológico las interacciones con las aproximaciones disciplinares. La contribución de los PIR a las futuras investigaciones se resentiría de ello.
- Aunque es cierto que se toma en consideración el paisaje, siguió siendo muy marginal y abriéndose muy poco a las cuestiones culturales. La innovadora «ecología del paisaje» no era para el paisaje más que una vicisitud

Otras preguntas seguían sin resolver: el traslado del análisis sistémico y de la modelización a las ciencias sociales; la relación entre estudio monográfico y modelo reproducible; la insuficiencia del análisis de las territorialidades, y, sobre todo, de las temporalidades, a excepción de la formulación convenida de «sostenibilidad».

Sobre este último punto organicé en Toulouse en 1997, con el GEODE-UMR-CNRS, que había sucedido al CIMA, un coloquio internacional del PIREVS consagrado al *Tiempo del medio ambiente*. Muy abierto a las ciencias sociales, concedió un lugar importante al paisaje y las diferentes vivencias en él. Pero lo que pasó fue que

las contribuciones subrayaron el déficit de trabajos sobre el tiempo y sus diferentes aspectos: periodizaciones, ritmos, duraciones, etc., justo cuando la sociedad empezaba a inquietarse por la «sostenibilidad» de nuestro planeta. El espacio estaba borrando al tiempo y el territorio a la temporalidad.

Estas diversas experiencias, en el seno de una interdisciplinariedad que se puede calificar de institucional porque era buscada, organizada y a veces impuesta, con razón, por los grandes organismos científicos, me llevaron a plantearme la siguiente pregunta: ¿no marcaban los años noventa el apogeo de una interdisciplinariedad en todos las direcciones y no anunciaban, como progresión lógica, una reorganización postinterdisciplinar de los campos científicos? Cada ciencia se nutre de una vasta periferia interdisciplinar en torno a un núcleo disciplinar duro. Esta configuración me parecía prometedora. Sirvió de base de reflexión para mis siguientes investigaciones epistemológicas y metodológicas, en concreto sobre el «sistema de paisaje territorializado».

5. El redescubrimiento del paisaje (1985-1995)

Por fin el paisaje vuela lejos de las molduras de los museos y de las estrofas de los poetas. Se le abren del todo las puertas de los parques y de los jardines. El jardín secreto se convierte en el jardín de todo el mundo y el jardín de cada cual se abre con una puerta escondida.

Sin perder en estética lo que ganaba en cotidianeidad. La banalidad, la de la cerca de *bocage*, la del rastrojo colonizado por plantas espontáneas o la de la jardinera con flores, se adorna con mil colores y gana en profundidad. El mundo se vuelve sensible. Las miradas se cruzan y se descruzan. El paisaje está presente por doquier, aunque no siempre se le nombre. Cada paisaje con su identidad. Los puntos de vista se mezclan y se confunden. Los panoramas desfilan. Los paisajes se despliegan. ¡A cada cual su paisaje! ¿Un paisaje para todos?

El paisaje vuelve, pues, al corazón de la sociedad tras un largo eclipse. El filósofo O. Marcel habla incluso de «resurrección». El paisaje no es un simple encantamiento momentáneo. Se inscribe en la larga duración y su «invención» (S. Briffaud) ha tardado siglos. No procede aquí volver sobre esta historia de largo recorrido, llena de acontecimientos y todavía controvertida. El filósofo A. Roger ha reunido las contribuciones más significativas de algunos especialistas en su obra *La teoría del paisaje en Francia* (1974). «Es un testimonio de la diversidad de sus inquietudes, de la riqueza de sus propuestas, de la virulencia, también de las polémicas, que a veces les han enfrentado.» El debate todavía no se ha calmado. No deseo entrar en ello salvo para constatar que sí, por un lado, se reconoce la diversidad a la vez material e inmaterial de los paisajes vivos, por otro conviene admitir también la diversidad de las opiniones y de las teorías. En lo que afecta a mi trabajo, hay que recordar que la emergencia rápida y vigorosa del paisaje durante los años ochenta y, sobre todo, a partir de 1990 coincide con la crisis ambiental generalizada, el desarrollo de un pensamiento ecológico, y ecologizante, y una decidida vuelta a la naturaleza. La constatación de esta relación, fuerte y dominante, me incita a relacionar siempre el paisaje con el medio ambiente y la ecología, y a proponer, en consecuencia, un paradigma, bastante alejado de las aproximaciones paisajísticas clásicas, demasiado inclinadas a encerrar el paisaje en un capullo estetizante. Mi paisaje es ante todo el del terreno, en un contacto concreto y vivo: un paisaje-territorio.

En todo caso, el camino por el que me aventuro tiene en cuenta tanto las aportaciones culturales de la «artialización» en el sentido de A. Roger, como los datos materiales y ecológicos propios de la «ecología del paisaje» (J. Baudry y F. Burel). Se sitúa entre lo material y lo ideal, lo objetivo y lo subjetivo. Sin ecumenismo, pero con eclecticismo y método, resituando el paisaje en el seno del movimiento ambiental y territorial. Durante mucho tiempo, el punto más débil ha sido el análisis de las representaciones socioculturales, muy poco abordadas

en mis primeras investigaciones sobre la montaña cantábrica. Que eran imprescindibles se me hizo evidente ya en 1970 al tomar en cuenta el comportamiento de los canteros de granito del Sidobre y, más tarde, cuando abordé los paisajes nepalés (las regiones sherpas en particular), y todavía con más motivo cuanto tuve que explicar las comunidades indias quechuas para analizar mejor su territorio. Hasta entonces sólo había hecho anotaciones someras dispersas. Por ejemplo, la experiencia pluridisciplinar del proyecto *Ganadería extensiva en los Pirineos* me permitió reunir mis referencias sin por ello construir un sistema de explicación.

Fue con la tesis de Serge Briffaud sobre la «invención del paisaje pirenaico» (1990) y las largas conversaciones que mantuve con él durante su elaboración y con motivo de la presentación, cuando mejor llegué a formular mi aproximación cultural de los paisajes. En este campo, Briffaud abrió una vía con profundidad histórica y con apertura cultural, evitando al mismo tiempo (y criticándolos con dureza) los excesos estéticos y elitistas de la «artialización»..., al mismo tiempo que recorría asiduamente los senderos pirenaicos. La codirección con Briffaud de la tesis de Marina Frolova sobre los paisajes del Cáucaso consolidó nuestras posiciones respectivas y abrió extraordinarias perspectivas sobre las investigaciones rusas y soviéticas. Mi vinculación como investigador, a título secundario, al laboratorio CEPAGE de la Escuela del Paisaje de Burdeos me acerca a los paisajistas y, en particular, a la concepción y puesta en práctica de su «proyecto» profesional. Sólo después de estas experiencias me he permitido publicar con regularidad sobre el paisaje.

6. *El paisaje como proyecto... ¿a riesgo de ser instrumentalizado? (2000-2008)*

El paisaje no es un concepto científico comparable a los conceptos de «ecosistema» o de «geosistema», ni siquiera al complejo nocional de «medio ambiente». No lo será jamás, y sería un error quererlo confinar en este rango. Pertenece prioritariamente a un sistema cultural en el sentido amplio de los aspectos sensibles, y aun artísticos, cada vez más mezclados con aspectos mediáticos y prácticas que hacen de él un objeto confuso de ordenación del territorio. Esta situación compleja, construida con mucha aproximación y grandes ambigüedades, puede resultar negativa si nos limitamos a constatarla. Se convierte, por el contrario, en una extraordinaria ayuda si se considera como la prefiguración de una investigación-acción más cercana de las reali-

dades sociales y culturales, algunos dirían de las realidades más «ciudadanas»..., lo que no siempre ha sido verificado. Este vínculo entre investigación y acción se materializa en el llamado «proyecto de paisaje», bien conocido por los paisajistas pero cuyo sentido debe ser ampliado, así como profundizado su contenido. En efecto, los «proyectos» de paisaje se están multiplicando al amparo de las nuevas leyes y cartas que conciernen a la gestión de los territorios, pero carecen a menudo de estructura y de contenido. Hay que superar las insuficiencias de las investigaciones teóricas o básicas que no suministran todavía métodos adecuados. Disponemos, como mucho, de viejos arsenales científicos más o menos puestos al día, como las monografías geográficas o los éticos estudios de impacto. Por su parte, los que ordenan y desarrollan el territorio se contentan con inventarios aproximados. En el corazón del debate, y como primeros responsables, están los paisajistas, que en su mayoría carecen de formación científica, que actúan con libre albedrío y recurren demasiado a menudo a su subjetividad, ocultándose tras discursos estetizantes opacos y a veces pretenciosos.

El paisaje ocupa también una posición clave en los procedimientos de ordenación, sin contar a menudo con los requisitos precisos. Sin duda el progreso ha sido grande, pero colocando el carro antes que los bueyes, es decir, la práctica antes que el conocimiento. Por ejemplo, basta consultar la casi totalidad de la producción cartográfica y de la modelización consagrada al paisaje para comprobar que no suele merecer el calificativo de «paisajística».

Entre investigación y acción hay que preparar el camino o, mejor aún, construir una interfaz activa. Es lo que han hecho los agrónomos del SAD-INRA, agrupados en torno a J.-P. Deffontaines. Uno de los mejores ejemplos, siguiendo con el ámbito del desarrollo rural, es el de Y. Michelin, que descompone todas las fases de un análisis minucioso del paisaje de los terrazgos del Macizo Central. Se puede, pues, evitar que el paisaje sea instrumentalizado mediante la generalización y/o la adaptación de esas prácticas. Así ocurre con los trabajos de L. Lelli sobre los «paisajes ordinarios» de Bas Comingues y sus prolongaciones didácticas.

A nivel regional de Midi-Pyrénées, tuve la ocasión de organizar y de participar en diferentes operaciones de sensibilización hacia el paisaje. Cuando se promulgó la ley del Paisaje, en 1992, en calidad de consejero del CESR (Consejo Económico y Social Regional), propuse a su presidente, que aceptó, que se declarara competente en las cuestiones de paisaje. Se formó un grupo de trabajo,

que funcionaba sin demasiadas prisas. Muchos consejeros no percibían, en efecto, el interés económico del paisaje y algunos representantes del mundo agrícola desconfiaban, incluso se mostraban hostiles hacia todo lo que les recordara la ecología... y, sobre todo, los ecologistas. Un día, temprano, me crucé con un consejero influyente, representante nacional de un gran sindicato agrícola. Me interpeló: «Esta mañana, al abrir mis contraventanas, por fin he visto su paisaje, ese del que se empieza a hablar en Toulouse y en París. Es mi tierra. Es mi paisaje. El que fabricaron mis antepasados, el que me hace vivir donde vivo». Su ventana se abre sobre una *causse*¹⁸ semiagrícola, semipastoril de dolinas y de monte bajo. Su espectáculo familiar, su herramienta de trabajo, su patrimonio, su identidad. El informe acabó siendo votado y publicado con el título de *El paisaje, un instrumento para ordenar el territorio*.

El mismo año (1992), tuve la oportunidad de crear, con el apoyo del Consejo Regional Midi-Pyrénées, un Institut Toulousain du Paysage (ITP), lugar de encuentro entre investigadores y animadores territoriales de todas las procedencias. Los intercambios no fueron fáciles. Seguía habiendo muchas incomprendiciones científicas, tensiones políticas y subjetividades descontroladas. La didáctica del paisaje y sus reglas científicas y deontológicas seguían sin inventar. A partir del año 2000 se puso en marcha una operación similar en el marco de la animación pedagógica del Centro del Patrimonio de la Abadía de Arthous, bajo la égida del Consejo General de las Landas.

En el plano nacional, el interés práctico por el paisaje así como sus incertidumbres conceptuales fueron percibidos por el Ministerio de Medio Ambiente, que me propuso, en 1997, presidir el consejo científico de un programa nacional de investigación llamado Paisaje y Políticas Públicas. Las bases de la convocatoria advierten que se trata de reconocer un campo de investigación mal señalado, de hacer un balance general de los métodos y de los trabajos, finalmente de pensar en nuevos temas de investigación. Se convoca al conjunto de la comunidad científica, muy repartida y muy heterogénea, que se interesa, directa o indirectamente, por el paisaje, lo que significa setenta u ochenta equipos, de los que unos cuarenta responden a la convocatoria, adjudicándose finalmente ayudas a veinticinco grupos. Cada equipo es seguido por un tutor y la evaluación de cómo van progresando los

¹⁸ Una *causse* es una meseta caliza. La región occitana des Les Causses forma una meseta de 400 a 1.200 m en el Macizo Central, delimitada al noroeste por el Limousin y el Périgord y al este por el Aubrac y Les Cévennes. [N. de la T.]



FIG. 13. AÑOS 2000. REGRESO A LA MONODISCIPLINARIEDAD. [ÉL: «Escucha esto: “Un librero que vendía manuales de pedología ha sido linchado por una masa encolerizada que lo había tomado por un pedófilo”». ELLA: «¡Necesitamos realmente un esfuerzo en epistemología!». ÉL: «... ¡Con todo lo que está pasando, es realmente más seguro!»] [Dibujo J. P. Métaillé]

trabajos tiene lugar en dos coloquios intermedios (Albi, 2000, y París, 2003). Para cerrar el programa se celebró un coloquio europeo en Burdeos en el año 2004. Se decide continuar con otro programa sobre el tema Paisaje y Desarrollo Sostenible, ampliamente abierto a Europa. Si el paisaje se ha impuesto en la sociedad, le falta todavía lograr un mejor asiento científico, salvo que quiera servir de excusa o de pretexto a trabajos aplicados. Al estar de moda, gravita sobre el paisaje la amenaza de la instrumentalización.

7. «Una geografía traversière¹⁹»: una etapa y un balance provisional (2000-2007)

La publicación en 2002 de la obra escrita junto con Claude Bertrand *Une géographie traversière. L'environnement entre territoires et temporalités*, significa una importante etapa en mi itinerario científico. Este retorno sobre medio siglo de investigaciones teóricas y prácticas permite analizar mejor los numerosos «obstáculos epistemológicos» y ayuda a comprender las razones de mi trayectoria, a veces caótica y con interrupciones bruscas, entre medio ambiente y paisaje.

¹⁹ También en este caso, la palabra contiene un juego de significados («transversal» y «que ha atravesado») que me ha hecho preferir no traducirla. En la traducción española del libro se optó por evitar el equívoco con el título de *Geografía del medio ambiente*. En la portuguesa se opta por el primero de los sentidos: *Uma geografia transversal*.



FIG. 14. ¿HAY QUE PROHIBIR QUE SE JUNTEN LOS CONCEPTOS NÓMADES? [UNO: «A ver, señora, ¿le ayudamos a subir sus proyectos?»] [Dibujo J. P. Métaillé]

La doble traducción de la obra al español (Universidad de Granada, 2006) y al portugués (Universidades del Estado de São Paulo, 2007) me concedió la oportunidad de confrontar mi itinerario con investigadores de países y culturas diferentes, para los que el paisaje no era, en principio, un objeto científicamente reconocido. Ha sido, en cambio, utilizado a menudo en trabajos de ordenación-desarrollo y sus relaciones con el medio ambiente siguen siendo confusas y la mayor parte de las veces subordinadas.

Los años 2000 a 2007 son, por tanto, un momento propicio para hacer un balance al menos provisional y, al mismo tiempo, me dan ocasión para avanzar en el plano epistemológico y metodológico al amparo de nuevas experiencias sobre el terreno (Andalucía, Pantanal, Landas).

8. Del concepto de paisaje-territorio al sistema de paisaje territorializado (SPT): un protocolo para un «proyecto de paisaje» (2007-2008)

El paisaje es el eslabón débil del sistema GTP (geo-sistema-territorio-paisaje, 1990). Es cierto que lo definí, ya en 1980, como un producto híbrido «entre naturaleza y sociedad» y que en los estudios posteriores, de investigación básica o aplicada, tuve en cuenta no sólo representaciones culturales, sino también el conjunto de los comportamientos socioeconómicos que interfieren sobre un territorio. Pero no por ello he logrado una aprehensión completa, a la vez teórica y práctica, del proceso paisajístico. La cuestión del paisaje debe, pues, retomarse por la base. Partiendo de un nuevo paradigma.

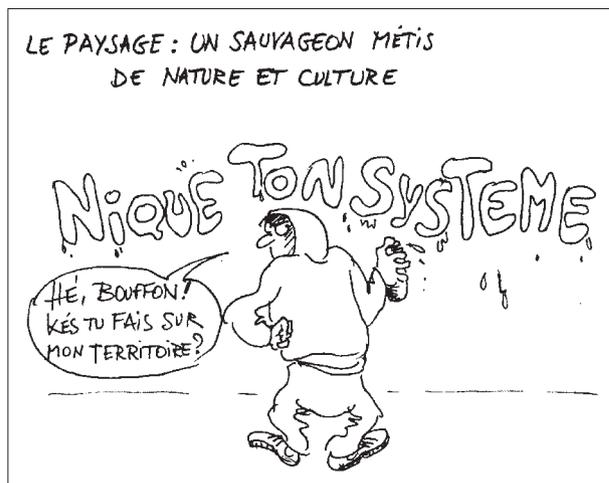


FIG. 15. EL PAISAJE: UN PEQUEÑO SALVAJE MESTIZO DE NATURALEZA Y DE CULTURA. [EN LA PARED. «¡Que se fastidie tu paisaje!»]. EL: «¡Eh, bufón! ¿K haces en mi territorio?»] [Dibujo J. P. Métaillé]

Es lo que he intentado con la forma todavía provisional del sistema de paisaje territorializado (SPT). Esbozado en 2007, tiene todavía que consolidarse y que ensayarse y validarse sobre terrenos diversos. Sólo puedo aquí esbozar esquemáticamente sus principios básicos, en espera de una publicación detallada que está en curso. Se presenta como una respuesta frente a la vaguedad y a la ambigüedad que paralizan la investigación sobre el paisaje.

El sistema de paisaje territorializado se funda sobre el concepto de «paisaje-territorio». En relación con el paisaje en su acepción banal, el SPT lo arraiga en el paisaje vivido, concreto y socializado. Está territorializado y temporalizado. Al ser global, nunca está aislado del medio geográfico y siempre es tributario de las representaciones que le dan vida.

La comarca del Sidobre, tal como la analicé y presenté en los años 1972 a 1980, constituyó un primer esbozo. Faltaba teorizar y generalizar. Esta laguna es la que pretende ahora colmar el trabajo en curso sobre el Pays d'Orthe y el Marensin de las Landas. El SPT se organiza en torno a tres polos que funcionan en concomitancia e interacción:

1) Un «polo epistemológico», el más interdisciplinar, vinculado con la filosofía y con la historia de las ciencias a través de una «epistemología constitutiva» o «epistemología de terreno» (definida desde el principio de este estudio). Funciona como una fuente conceptual permanente, alimentada en todas las direcciones, por ejemplo en el campo hasta ahora algo descuidado de la estética, la poesía y las artes.

2) Un «polo metodológico» en sentido estricto, que se descompone en dos operaciones sucesivas, muy distintas:

a) Un «inventario prepaisajístico», cuya función consiste no sólo en reunir los datos a partir de disciplinas y finalidades múltiples y heterogéneas, sino sobre todo en armonizarlos y adaptarlos al análisis de paisaje filtrándolos y jerarquizándolos con un protocolo de doble entrada:

- por un lado, el «análisis de las materialidades», facilitado en gran manera por la intercepción del geosistema, que aporta en particular una base cartográfica espacio-temporal multidimensional (Perú);
- por otro lado, el «análisis de lo inmaterial», que no se reduce a las representaciones paisajísticas. Involucra al conjunto de lo vivido y de los componentes territoriales a partir del inventario de los actores y de los proyectos que se apoyan sobre estudios del tipo «espacio vivido» (A. Frémont).

b) Una «puesta en paisaje» final realizada sobre el terreno y con fuerte componente iconográfico, ejercicio a la vez descriptivo y explicativo. Presenta la estructura y el funcionamiento del paisaje a partir de itinerarios, con panoramas y de forma secuencial. Se apoya sobre una matriz de lectura pluridimensional (únicamente indicativa, pendiente de modular):

- el elemento del paisaje (fuente o árbol);
- la unidad básica de paisaje (campo de maíz, viviendas unifamiliares de las periferias);
- el mosaico de paisaje (la abadía románica de Arthous sobre su talud de terraza de *bocage*, emplazada entre una vertiente boscosa y una *barthe*²⁰ cultivada aunque inundable).

Esta puesta en escena del paisaje a la vez real y virtual, estática y cinemática, actúa tanto sobre la unicidad monográfica de cada paisaje (no existe más que una abadía de Arthous) como sobre la modelización comparativa (tipología de paisajes de las *barthes* del río Adour y de los dos Gaves reunidos); por otra parte, sobre el juego de representaciones (el Adour marítimo y la memoria que de él guardan los marineros y los pescadores profesionales, las *barthes* «modernizadas» de las

²⁰ Una *barthe* es un humedal o una superficie inundable que en parte puede cultivarse o plantarse, y que en todo caso tiene gran riqueza ornitológica: Les Barthes de l'Adour. [N. de la T.]

plantadores de kiwis, Sorde-l'Abbaye, su bastida y su vado sobre el Gave de Oloron que aparece como un torrente en el espíritu de los peregrinos del camino de Santiago de antaño y de hoy).

3) Un «polo didáctico», no sólo interdisciplinar sino también interprofesional, que asocia la formación pedagógica inicial a currículos prácticos finalistas retomando la experiencia del ITP (Institut Toulousain du Paysage). Esta dimensión didáctica desemboca de forma natural en «proyectos» de paisaje y de ordenación-desarrollo realizados o en curso de realización (Sidobre y Pays d'Orthe).

El sistema de paisaje territorializado será presentado y puesto en práctica con motivo del coloquio organizado en el marco de las actividades del Centro del Patrimonio de las Landas de la Abadía de Arthous en colaboración con la Escuela de Paisaje de Burdeos y el GEODE-CNRS (octubre de 2008)²¹.

A través de lugares y de medios, de ambientes y de territorios, el paisaje me acompaña, me interroga, me enriquece y me tranquiliza. Da humanidad y color a mi itinerario. Desde el Sidobre a los Picos de Europa, desde el Nepal al Pantanal, desde la periferia de Toulouse a los pinares de las Landas, me ha permitido maravillosas e inolvidables andanzas. Más que nunca, el paisaje es una cuestión viva y la tarea debe seguir sin descanso.

EPÍLOGO

«CÓMO ME CONVERTÍ EN GEÓGRAFO GRACIAS A GEORGES BERTRAND» Y CÓMO HE HECHO, POR TANTO, INVESTIGACIÓN SOBRE EL PAISAJE, EL MEDIO AMBIENTE E INCLUSO EL GEOSISTEMA Y OTRAS MUCHAS CUESTIONES APASIONANTES

POR J.-P. MÉTAILIÉ

[Izquierda sin viñeta]

Enero 2009. Georges Bertrand me propone algo que no se puede rechazar: además de hacer las ilustraciones, escribir un prefacio para la epistemo-biografía que

²¹ El coloquio se celebró y sus actas están en fase muy avanzada de publicación. Por el momento, sólo se ha publicado el texto de Bertrand con el que se inauguró el coloquio «'Un paysage plus profond' (Serge Briffaud). De l'épistémologie à la méthode», que es el que sigue al texto de «Itinerancias...» (*Géodoc*, 56 [2009], pp. 52-61). Ha sido traducido y publicado en español por Francisco Rodríguez Martínez, de la Universidad de Granada: «Un paisaje más profundo: de la epistemología al método», *Cuadernos geográficos*, 2 (2008), pp. 17-27. [N. de la T.]

acaba de terminar. Estoy seguro de que es por amistad. Me honra su confianza. Pero francamente no me veo comentando el itinerario científico de una vida... Entonces propongo un plan B, por mucho apuro que me dé: integrarme en los años de esta biografía que han sido decisivos para mí. Porque si hay algo cierto, es que debo a GB el haberme pasado la vida investigando.

[Primera viñeta]

1971. Me matriculo en la facultad. Dudo entre hacer historia o geografía. Un estudiante geógrafo me da un consejo muy argumentado: «No tiene color. ¡Mejor geografía! El ambiente es estupendo, y ¡hacemos muchas excursiones!».

Siempre había querido ser geógrafo e iba a descubrirlo pronto...

[Segunda viñeta]

Por aquel entonces, Georges Bertrand era mucho más joven y muy innovador. Sus cursos eran estimulantes y las excursiones apasionantes. Leíamos *La ciencia del paisaje*, teníamos la sensación de estar en plena fábrica de conceptos...

[Bertrand] ¡Paisaje! ¡Sistema! ¡Historia! ¡Biogeografía! Porque en aquel tiempo los estudiantes leíamos mucho y tomábamos notas durante las excursiones. Las cosas estaban mucho mejor. Todos los que eran jóvenes entonces lo confirmarán, ¿no es verdad?

[Tercera viñeta]

1974. GB presenta su tesis de doctorado. Me invitan a participar en una excursión memorable a la cordillera Cantábrica. Geógrafos, naturalistas, profesores y estudiantes recorremos hoces, brañas y rasas... Por la tarde, discusiones científicas en el campamento. No cabe duda, ésta es la geografía que quiero hacer.

Valle de Prioro: «¡Tira! ¡Pelota!, ¡pelota!».

[Cuarta viñeta]

Como me interesaba por los insectos, GB me da un consejo sabio:

[Bertrand] Ah, pero es muy interesante hacer una tesina con eso.

[Métilié] ¿Ah, sí?

[Texto entre viñetas 4 y 5]

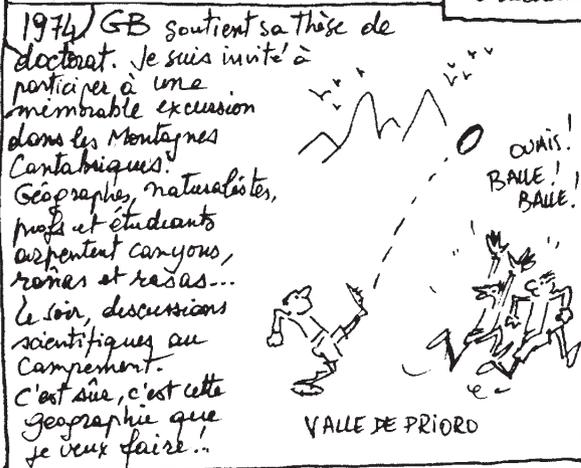
Heme aquí embarcado en hacer una licenciatura sobre «entomofauna y geosistema». Antes incluso de haberla terminado, GB, prosiguiendo mi formación

POST-FACE "COMMENT JE SUIS DEVENU GÉOGRAPHE GRÂCE À GEORGES BERTRAND"

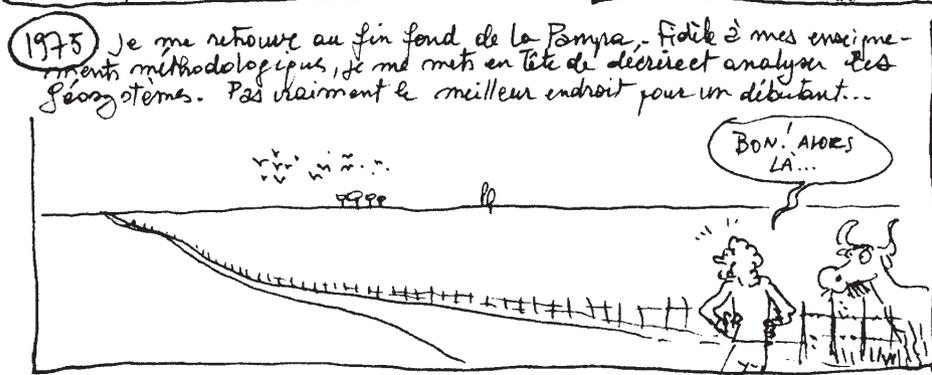
Par J.P. MÉTAILIÉ

ET COMMENT J'AI DONC FAIT DE LA RECHERCHE SUR LE PAYSAGE, L'ENVIRONNEMENT, ET MÊME LE GÉOSYSTÈME, ET ENCORE BEAUCOUP D'AUTRES TRUCS PASSIONNANTS...

Janvier 2009. Georges Bertrand me fait une proposition qui on ne peut pas refuser : en plus d'illustrations, faire un avant-propos pour l'épître ma biographie qui il vient d'achever de suis sur que c'est pas amitié. Je suis honoré de cette confiance. Mais franchement, je ne me voyais pas comment en l'itinéraire scientifique d'une vie... Alors je propose en plan B, toute honte bue : m'insérer dans les années de cette biographie qui ont été dessinées pour moi. Car il y a une chose certaine, c'est que je dois à G.B d'avoir passé ma vie à faire de la recherche...



Me voici parti pour une maîtrise sur "entomofaune et géosystème". Avant même que de l'avoir finie, GB, poursuivant mon éducation géographique, me fait une proposition qu'on ne peut pas refuser : partir en Argentine dans le cadre d'une coopération en cours d'établissement les voyages formant les géographes, je pars -



De menus désagréments (guerre civile, répression à l'université) m'obligent à écouter mon séjour. De retour en France, GB me fait une proposition que je ne peux vraiment pas refuser : faire un doctorat, avec une allocation, dans le cadre du programme "élevage pyrénéen".

1977 Le sujet de thèse = "travailler sur les estives" participait de la pédagogie de l'autonomie. Et puis la montagne, c'est plus facile à aborder que la Pampa...

BON!.. ALORS, LÀ...

Après une saison à arpenter les immenses landes à bruyères, je reviens avec un constat = tout était géré par le feu, et personne n'en parlait... GB me donne un avis argumenté:

AH!.. HE BIEN, VOILÀ UN SUJET DE THÈSE!

Je ne le savais pas encore, mais le feu allait devenir un sacré personnage pour la recherche

L'ambiance du programme était vraiment stimulante. Géographes, agronomes, profs et étudiants travaillaient la journée dans les montagnes et le soir au cosy commun. Échanges, débats et critiques alternaient avec apéros et bonnes bouffes dans la meilleure convivialité

ALORS... TU AS LU "LA METHODE" DE MORIN?

OUI... OUI... JE L'AI ACHETÉE...

Deux années de bonheur dans les pâturages...

Je fais alors mon miel de l'introduction à "l'histoire de la France rurale"!

Ma thèse publiée grâce à GB, je candidate et reconcandidate au CNRS... Un beau soir de fin 1981, je vois arriver à toute vitesse une 4L avec quelqu'un très excité dedans...

ÇA A MARCHÉ! ÇA A MARCHÉ!

AH!.. BON?..

J'avais du mal à y croire. Mais j'étais bel et bien devenu définitivement géographe...

La suite est une autre histoire...

En conclusion, si vous n'avez pas le temps de lire "en passant par le paysage", je peux vous en faire le résumé: G. Bertrand a travaillé dans la complexité, il a été là où on ne l'attendait pas. Il a parfois changé d'avis et vice-versa. Il a soutenu le CISA qui a ensuite grandi tout seul et s'appelle maintenant GEDE. Il a formé d'autres étudiants et influencé bien d'autres chercheurs. Il a passionné et apacé. Il a été un grand mandarin de la géographie même si ça ne lui plaît pas qu'on le dise. Il a pûné l'interdisciplinarité puis l'a critiquée. Il a voyagé dans le paysage. Il fait maintenant de l'épistémologie. Ah! et aujourd'hui il enseigne au petit Victor, qui a lui aussi, semble-t-il, des gènes d'esprit critique...

geográfica, me hace una proposición que no se puede rechazar: irme a Argentina en el marco de una cooperación que se está estableciendo. Como son los viajes que forman a los geógrafos, allí me voy.

[Quinta viñeta]

1975. Me encuentro en plena Pampa. Fiel a mis enseñanzas metodológicas, me dispongo a describir y analizar los geosistemas. Realmente, no es el mejor sitio para un debutante...

[PM] «¡Anda que...!».

[Texto entre viñetas 5 y 6]

Inconvenientes menores (guerra civil, represión en la universidad) me obligan a acortar mi estancia. De vuelta a Francia, GB me hace una propuesta que realmente no puedo rechazar: hacer un doctorado, con una beca, en el marco del programa Ganadería Pirenaica.

[Sexta viñeta]

1977. El tema de la tesis: trabajar en los pastizales de altura participaba de la pedagogía de la autonomía. Y, además, es tanto más fácil de abordar que la Pampa...

[PM] «¡Anda que...!».

[Séptima viñeta]

Después de pasarme un tiempo recorriendo las inmensas landas de brezos, hago una constatación: todo estaba determinado por el fuego y nadie hablaba de ello... GB me da un sabio consejo:

[GB] «¡Ah! ¡Pues eso puede ser un tema de tesis!».

Todavía no lo sabía, pero el fuego iba a convertirse en un pasaporte estupendo para la investigación.

[Octava viñeta]

El ambiente del proyecto era verdaderamente estimulante. Geógrafos y agrónomos, estudiantes y profes

sores trabajábamos durante el día en la montaña y por la noche en el alojamiento común. Intercambios, debates y críticas alternaban con aperitivos y buenas comidas con muy buen ambiente...

[GB] «¿Tienes ya *El método* de Morin?».

[PM] «Sí... sí, ya lo he comprado».

[Novena viñeta]

Dos años de felicidad en los pastizales.

Disfruto entonces mucho con la introducción a la *Historia de la Francia rural*.

[Décima viñeta]

Publicada mi tesis gracias a GB, me presento y me represento al concurso del CNRS... Un tarde de junio 1981 veo aparecer a toda velocidad en un Cuatro Latas a alguien muy excitado dentro:

[GB] «¡Ya está! ¡Ya está!».

[PM] «¿Ah, sí?».

Me costaba creerlo. Pero me había convertido definitivamente en geógrafo.

[Último texto]

Lo que sigue es otra historia...

En conclusión, si no tenéis tiempo para leer *Pasando por el paisaje*, puedo resumirlo: G. Bertrand ha disfrutado en la complejidad. Ha estado allí donde no se le esperaba.

Ha cambiado a veces de opinión y viceversa. Ha apoyado al CIMA, que ha crecido después solo y que se llama ahora GEODE. Ha formado a otros estudiantes y ha influido a muchos investigadores. Ha levantado pasiones y provocado exasperaciones. Ha sido un gran mandrín de la geografía, incluso aunque no le gustaba que se dijera. Ha pregonado la interdisciplinariedad y después la ha criticado. Ha viajado en el paisaje. Hace ahora epistemología. ¡Ah! Y hoy enseña al pequeño Víctor, que tiene, parece ser, él también, un espíritu crítico...